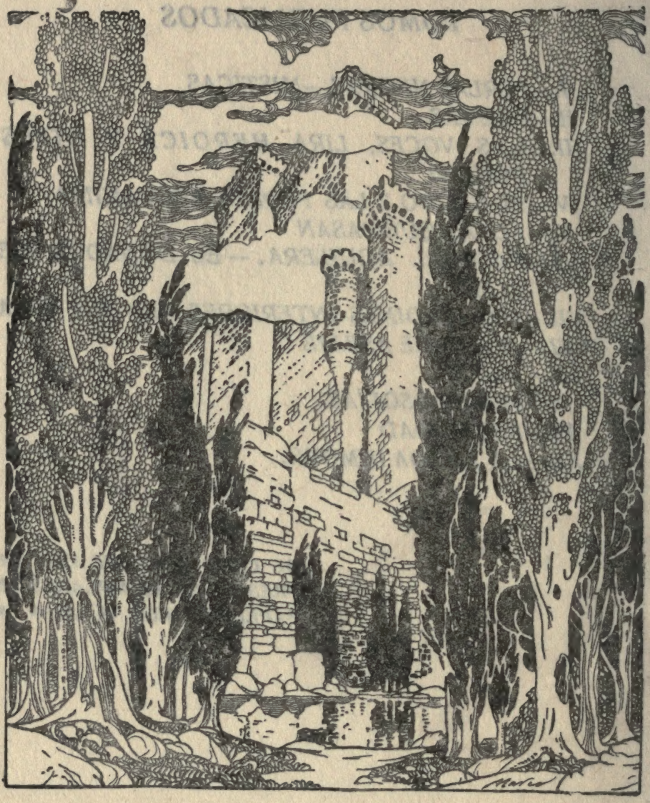
3 1761 04944978 8

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUANA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFÍAS
XI.—SERENIDAD
XII.—LA AMADA INMOVIL

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO



TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

LS
N4566

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — *Volumen* XII

LA AMADA INMÓVIL

162480
30/6/21

BIBLIOTECA NUEVA — MADRID

ES PROPIEDAD
DE LOS HEREDE-
ROS DEL AUTOR

TODA EDICIÓN
FRAUDULENTA
SERÁ PERSEGUIDA
POR LA LEY

PQ
7297
N5A1325
1920
v. 12

LA AMADA INMOVIL

VERSOS A UNA MUERTA

MYTYL, cherchant dans le gazon.—*Où sont ils les morts?*

TYLTYL, cherchant de même.—*Il n'y a pas de morts.*

MÆTERLINCK: *L'oiseau bleu* (IV).

Je t'aimerai au delá de la vie!

LACORDAIRE.

... Si quid mea carmina possunt,
nulla dies unquam memori vos eximet aevo.

VIRGILIO: Eneida, 433-34.

Oh Tierra madre: sé leve para ella.
Ha pesado tan poco sobre ti!

MELEAGRO.

El presente volumen, inédito en su mayor parte, estaba preparado para la publicación desde el año de 1915, y, según el plan del autor, debió seguir inmediatamente a Serenidad. *En la última parte de* Serenidad *habían aparecido ya algunas de las poesías que aquí restituímos a su verdadero sitio (véase la nota final del tomo anterior), y son las siguientes:* Ofertorio, Gratia plena, Puella mea, ¿Qué más me da?, Metafisiqueos, Unidad, El fantasma soy yo, Me besaba mucho, Aquel olor..., Ya todo es imposible, ¡Qué bien están los muertos!, Soneto (¡Qué son diez años para la vida de una estrella!), Bendición a Francia, Seis meses, Por esta selva, Un signo, La santidad de la muerte.

Por diversas razones, el manuscrito se quedó sin publicar, y fué creciendo de manera que, al final, hay ya una poesía firmada en 1918.

Las páginas en prosa que preceden a este libro,—páginas únicas que ningún hombre puede leer sin emoeión—explican suficientemente su carácter de reliquia íntima. Una nota manuscrita del poeta decía así: «Este libro es confidencial,

y el hecho de obsequiarlo a un amigo significa, en concepto del autor y donante, una afectuosa distinción.»

La Amada Inmóvil *representa la crisis mayor en la vida del poeta. Junto al manuscrito de la obra, y bajo un sobre en el que se lee «Días memorablemente tristes», encontramos las hojas de un almanaque con las inscripciones siguientes:*

1911, Diciembre, 17: Ultimo domingo que anduve con Anita en la calle.
Lunes 18: Se sintió enferma.
Martes 19: Enferma.
Miércoles 20: Enferma.
Jueves 21: Enferma.
Viernes 22: Enferma.
Sábado 23: Enferma.
Domingo 24: Enferma. La Nochebuena más triste de mi vida.
Lunes 25: Enferma.
Martes 26: Se sintió mejor. Grande alegría al volver de mi trabajo.
Miércoles 27: Mal.
Jueves 28: Mal.
Viernes 29: Mal.
Sábado 30: Mal.
Domingo 31: Una angustiosa noche de fin de año.
1912, Enero, Lunes 1.º: Mal.
Martes 2: Grave.
Miércoles 3: Algún trastorno después del baño.

1912, Enero, Jueves 4: Grave.
Viernes 5: Grave.
Sábado 6: Noche de agonía. La más espantosa de mi vida.
Domingo 7: Doce y cuarto, murió Anita.
Lunes 8: La enterraron a las cinco en San Lorenzo: que se haga la voluntad de Dios.

EN MEMORIA DE ANA

Encontrada en el camino de la vida el 31 de agosto de 1901.

Perdida,—¿para siempre?,—el 7 de enero de 1912.

OFERTORIO

Deus dedit, Deus abstulit.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!
Me lo robó la muerte
...y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo, Señor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

PENSAMIENTOS AFINES

Yo no soy más que una arcilla sin valor... pero viví algún tiempo con la rosa.

SAADÍ.

Un esprit vêtu de noir guide nos pas: c'est la Douleur!

LEON DENIS.

Noir chevalier masqué qui chevauche en silence,
la Douleur a percé mon vieux cœur de sa lance.

PAUL VERLAINE.

Il faut s'habituer à tout dans la vie: même à l'Eternité.

G. LEVROUX.

Todos los hombres desean únicamente librarse de la muerte; pero no saben librarse de la vida.

LAO-TSEU-TAO-TE-KING.

Somos tan pequeños como nuestra dicha... sí, pero somos tan grandes como nuestro dolor.

HEBBEL.

A m a d o N e r v o

La mort a des rigueurs à nulle autre pareilles.
On a beau la prier,
la cruelle qu'elle est se bouche les oreilles
et nous laisse crier.

MALHERBE.

Nous sommes plongés dans un invisible milieu spirituel, d'où une aide nous vient, notre âme ne faisant mistérieusement qu'un avec une âme plus grande dont nous sommes les instruments. (La Philosophie de l'expérience. *Traducción francesa de W. James, biblioteca Alcan, 1909.)*

I

Creí que *Serenidad* sería mi último libro de versos, y así lo afirmé a un amigo. Esta afirmación me perdió, porque la vida no gusta de que le tracen caminos, y el arcano burla los propósitos de los hombres. He vuelto, pues, a componer poemas. Un nuevo dolor, el más formidable de mi vida, los ha dictado, y, sollozo a sollozo, lágrima a lágrima, formaron al fin el collar de obsidiana de estas rimas, que cronológicamente siguen a las de *Serenidad.*

¡Serenidad! Pensé que en la madurez de la vida iba a llegar a esa altiplanicie desde la cual dominamos los acontecimientos, vemos pasar la caravana de trivialidades y miserias terrestres y sonreímos piadosamente «del Circo de las Civilizaciones». Pensé que si hasta entonces mi vida había sido conturbada e inquieta, el hondo deseo de ser sereno y el tesón en expresarlo acabarían por serenarme de veras, haciéndome

adquirir por fin el más precioso de los dones que he ansiado en la turbulencia y la amargura de mis días: la Ecuanimidad.

Complacíame en el viejo símil de la montaña: arriba, nieve, el inmutable firmamento sin límites; abajo, nubes, tormentas, ciclones, torrentes bravíos, árboles desgajados...

¡Pobre superhombre! La mano de Dios se abatió sobre mí, y en un instante el alma himalayesca, cobijada por el azul, no fué más que un pobre guiñapo sangriento, convulso y sollozante.

Tenía yo un cariño, uno solo, ornamento de mi soledad, alivio de mi melancolía, flor de mi heredad modesta, dignidad de mi retiro, lamparita santa y dulce de mis tinieblas, y en unos cuantos días, ante mis ojos despavoridos, ante mi amor estupefacto, se me fué de la vida, dejándome de tal manera atónito frente a la realidad, que necesito cogerme la cabeza entre las manos febriles y apretármela como entre dos tenazas para convencerme de que *es verdad* lo que *sé*, lo que pienso, lo que me pasa; que no se trata de una macabra prestidigitación, de un espantoso escamoteo, y de que todo lo que amé se ha desvanecido *de veras* y se ha vuelto fantasma!

II

Páginas escritas en los últimos días de enero y primeros días de febrero de 1912.

Va a hacer un mes, un mes solamente, y, sin embargo, en esos treinta días, en esos treinta relámpagos, he llorado más lágrimas que estrellas visibles tiene la noche.

Va a hacer un mes, y en esos treinta relámpagos he acumulado tal cantidad de dolor, que me parece que todos mis males pasados y que todos mis males posibles se dieron cita para invadir y llenar mi espíritu, a fin de que no quedase en él un solo hueco que no fuese angustia.

Va a hacer un mes que, a las doce y cuarto del día, se extinguió blandamente Ana Cecilia Luisa Dailliez, mujer excepcional por su gracia, su bondad y la persistencia extraordinaria de su ternura, a quien conocí en París en una noche en que mi alma estaba muy sola y muy triste, la noche del 31 de agosto de 1901, y con quien viví desde entonces en la más cordial y noble de las compañías hasta el 7 de enero de 1912, en que murió en mis brazos.

Esta muerte ha sido la amputación más dolorosa de mí mismo. Un hacha invisible me ha dado un hachazo en mitad del corazón. Los dos pedazos de la entraña quedaron allí trémulos, entre borbotones de sangre. Luego uno de ellos fué arrebatado por el brazo omnipotente de la muerte, y el otro, el otro, mísero, siguió latiendo, latiendo... La tremenda rudeza del golpe no pudo apagar el ritmo de la vida... Siguió latiendo, sí, la triste entraña mutilada; siguió latiendo entre los coágulos obscuros, y late todavía!

Veintiún días duró la enfermedad de Ana; veintiún días que fueron necesarios para poder clavarme en la conciencia la convicción de que iba a morir. Esta convicción era de tal suerte desmesurada para mis fuerzas, que hoy mismo, a pesar de todas las evidencias, me rebelo a veces contra ella, y entonces a mi soledad se une la más impotente de las desesperaciones.

El domingo 17 de diciembre la dulce y adorable compañerita de mi vida volvió a casa herida ya por el terrible bacilo de la fiebre tifoidea. El lunes empezó a sentirse mal; el jueves, 21, se encamó definitivamente y comenzó su calvario, hasta el 3 de Enero, en que, perdida la lucidez, fué cayendo, apaciblemente recostada sobre el almohadón blandísimo de la inconsciencia, en el seno insondable de la muerte.

Yo la velé todas las noches, con excepción

de algunos ratos de imprescindible pero inquieto reposo, que quizá no sumaron en las veintiuna jornadas el espacio de diez horas. Mis días se pasaban en la obscuridad de la alcoba, al lado del lecho, espiando su respiración, aguzando mis ojos para ver los suyos, entrecerrados apenas o abiertos en la sombra. Esta perenne y angustiosa vigilia sólo alternaba con un tormento indecible: el de ir tarde por tarde a mis quehaceres, a despachar, imprescindiblemente, los múltiples asuntos de mi incumbencia.

Como aquel nuestro cariño inmenso no estaba sancionado por ninguna ley; como ningún sacerdote nos había recitado maquinalmente, uniendo nuestras manos, algunas frases latinas; como ningún juez civil nos había gangueado algunos artículos del Código, no teníamos el derecho de amarnos a la luz del día, y nos habíamos amado en la penumbra de un sigilo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto. Aparentemente yo vivía solo, y muy raro debió de ser el amigo cuya perspicacia adivinara, al visitarme, que allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí solo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra.

Pocas veces, muy pocas, salíamos juntos, evitando las arterias febriles de las metrópolis, donde mi relativa popularidad podía prepararme

sorpresas. En cambio, en ciertos viajes nos desquitábamos ampliamente, y, brazo con brazo, enredadas las diestras con una ternura que tenía mucho de fraternal, nos dedicábamos a ese *flaneo* deleitable de París, de Londres, de Bruselas, buscando el bibelot gracioso, deteniéndonos ante el deslumbramiento de los escaparates, refugiándonos en los íntimos y perfumados rincones de los restaurants, donde dos *gourmets* de buena cepa, como nosotros, compensaban tantas acritudes de la vida...

Pero tal persistente secreto fué mi tortura persistente también, y en los días de la enfermedad de mi Ana esta tortura llegó a su máximum. A las tres de la tarde, a las tres y media a lo sumo, era preciso dejar a la idolatrada enferma y partir. Eran días aquéllos de un trabajo incesante. Tenía yo entre manos innumerables asuntos diversos. Acudían además las visitas a todas horas. Y mientras el amor de mis amores se agitaba presa de la fiebre en su lecho, yo, a tres kilómetros de mi casa, hacía sumas, multiplicaciones y divisiones, redactaba notas, sonreía a los diversos visitantes, respondía a consultas de toda índole e inventaba todos los días una nueva mentira para escapar a las invitaciones, para despistar la curiosidad en acecho de los íntimos, sustraerme a su torturadora compañía, y correr, volar entre la multitud atareada, entre el enma-

dejamiento de tranvías y automóviles, a mi habitación, subir con ansias de muerte las escaleras, llamar discretamente para que el sonido brusco de la campanilla no alarmase a mi doliente idolatrada, y preguntar con voz temblorosa a quien me abría:

—¡Cómo sigue! Cómo sigue!

Si debe creerse que nuestra existencia es una expiación de yerros anteriores, sabe Dios que yo expié en esas horas muchas faltas de otras vidas, o de esta mi pobre vida incoherente y mediocre, en la que ni siquiera ha habido un gran pecado, porque su magnitud no rimaba con mi alma, tipo aún de evoluciones intermedias.

Por fin, un día ya fué imposible el fingimiento, y, a pesar de que mi enfermita me insinuaba: «No le digas nada, *mon mignon*... ¡Para qué!», yo dejé caer en manos de mi «superior inmediato» (los diplomáticos, ¡ay!, no somos más que unos animales jerárquicos) mi ingenuo secreto de tantos años, para tener el derecho de escapar de la Cancillería en cuanto lo esencial había terminado, y de estar una hora antes a la cabecera del alma de mi alma, que se me moría!

III

Una noche en que su sufrimiento era muy intenso y en que, abandonados, al parecer, de Dios y de los hombres, yo sollozaba al borde del lecho, mientras ella se retorcía de angustia, le dije, aprovechando la pequeña tregua de un alivio: «Rica mía, óyeme: es preciso que tengas la voluntad de vivir. Hazte una resolución poderosa. Dí: «¡Quiero vivir! quiero vivir!» *(je veux vivre!)*» Me acordaba quizá de la frase de lord Bacon de Verulam, citada por Edgardo Poe: «El hombre no se rinde ni a los ángeles ni a la muerte, sino por el achaque de su propia voluntad.»

La pobrecita mía me respondió: «*Oui, mon mignon, oui!...*» Pero ¡todo en vano! Dios había hecho ya un signo a la muerte, y el ser más amado de mi existencia, el gran cariño de más de diez años, se me hundía, se me hundía irrevocablemente en la eternidad!

La perspectiva de su muerte había despertado siempre en mí un pánico tal, que en estos dos lustros yo, que, a pesar de todo, he permanecido espiritualista; yo, que, desligado de fórmulas y recetas religiosas, he amado a Dios y a Cristo *en espíritu* y *en verdad*, casi no tuve en la mente

más que esta oración, vuelta ya a modo de jaculatoria: «¡Señor, haz que muera yo antes que ella!»

Y con tal fervor la había repetido, que estaba seguro de haber sido escuchado. Así, pues, mi desorientación a medida que la gravedad se extremaba, era inmensa. Más de tres veces se leen en el Evangelio estas palabras de Jesús: «En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido.» Y cuando mi perpetua súplica salía de mi corazón, tenía yo cuidado de añadir: «Te lo pido, Señor, en nombre de Cristo, que nos dijo: Todo lo que pidiereis al Padre», etc.

En los últimos días, mi oración se iba volviendo imperiosa. ¡Creía yo tener el derecho de que se me oyese! Se trataba de la promesa del ser más puro, más luminoso y más grande que había pasado por la tierra. Era asunto de dignidad divina. Dios no podía dejar de cumplir la palabra del espíritu que más le ha amado y se le ha acercado más en la sucesión de los siglos: «En verdad os digo que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido.»

¡Y no fué así!

Nadie ha orado con más fervor que yo, y nadie quizá en diez años ha recordado con tal energía a la Causa de las causas la promesa del Hijo del Hombre.

La última noche de mi Anita, mi jaculatoria y la exigencia de la promesa que hay en ella fueron de una exasperación bronca, violenta. Me encaraba yo locamente con lo Desconocido y le exigía que hiciese honor al compromiso de Cristo.

Uno de los médicos de cabecera, llamado violentamente a eso de las ocho, me había dicho: *C'est fini*, y después: «Pero vamos a rendir la jornada de la muerte. Vamos a hacerle vivir artificialmente ocho o diez horas, a fin de ver si la naturaleza se aprovecha de ellas, intenta un nuevo esfuerzo y la salva! Sólo que — había añadido—no abrigue usted esperanzas... Son tan lejanas, tan lejanas...»

Yo acepté; qué había de hacer! Sabía, por otra parte, que las inyecciones no iban a hacerla sufrir, gracias a su bendita inconsciencia de tres días.

Y se le inyectó aceite alcanforado, cafeína, ¡qué sé yo! Y se le dió café negro con esencia de canela y de clavo, y se la galvanizó así en modo tal, que debiendo morir a las nueve de la noche, a juzgar por su aplanamiento, murió al día siguiente, a las doce y cuarto del día. Y durante esas horas, en que a cada inyección sucedía una resurrección momentánea, como aquellas del horrible cuento de Poe, yo, atrozmente balanceado entre el desaliento y la esperanza,

no cesaba de clamar de alma a alma, de la mía, mísera y mezquina, al alma eterna de Dios:

—Señor, te lo ruego en nombre de Cristo, que nos dijo: «En verdad, en verdad, todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido.»

IV

Tres o cuatro días antes de sentirse enferma, mi adorada tuvo un presentimiento, raro en su carácter. «Esta tarde—me dijo—al volver a casa, se me ocurrió de pronto que debía indicarte una cosa. Si me muero, en el tercer cajón de mi cómoda, en una cajita circular, está la llave de mi «secrétaire», en el cual se hallan mis papeles. No sé por qué se me ocurrió esto, y pensé: Toma, ¡si se lo dijese a Amado!»

Yo sentí una como onda de hielo en el corazón... pero no queriendo dar consistencia a su idea, le respondí: «Yo también te recuerdo que en el mueble tal, en el cajón que tú sabes, está mi testamento.» Como de ordinario, cuando hacía yo alusión a mi muerte, ella exclamó exaltada: «Por Dios, no hablemos de esto.»

Y ya no hablamos más en aquel día.

Pero, a pesar de la oleada de hielo en las en-

trañas, pensé que nada debía yo temer, que el hombre que perennemente había orado para que se le concediese morir antes que ella, no podía morir después. Y las palabras mágicas, la promesa de Jesús me invadió el alma con su certidumbre consoladora:

—En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido.

⊠

¿Inutilidad de la plegaria? Sí, inutilidad de la plegaria! Oh almas que aun creéis, como cree *aún* mi alma: la plegaria es nula e indica una concepción infantil, y hasta ofensiva, del principio eterno que nos rige.

Pues qué ¿esa inteligencia infinitamente lúcida, previsora, lógica, para la cual no existe limitación ninguna de espacio y de tiempo, a quien achicamos con sólo darle nombre; ese ser inconmensurable que ha ordenado, para fines de Él solo conocidos, todos los universos, va a torcer sus designios porque un pobre espíritu conturbado de hijo, de esposo o de padre, le pide que los tuerza?

El corazón nace con una potencialidad determinada para latir, y no dará un latido más de los millones que constituyen su rendimiento vital,

aunque os pongáis a verter todas vuestras lágrimas y a exhalar todas vuestras oraciones.

Lo que sucede debe suceder, y está bien que así suceda. Los designios de Dios se patentizan en los hechos inevitables, y todo lo inevitable es bueno. «Un hecho tan universal como la muerte debe de ser un gran beneficio»—dijo Schiller. La única plegaria posible es, por lo tanto, la que nos enseñó Jesús desde la montaña en una tarde misteriosa de otros siglos: «¡Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo!»

Sí, la petición es inútil; pero no lo es la oración. El alma humana debe elevarse hasta una serena y constante contemplación del Arcano. La vida por excelencia es la del hombre cuyas actividades diarias se emplean en el bien y cuya mente superior, cima espiritual, está en perfecto contacto con lo invisible. Hay que orar, sí, para unirse a lo Increado; pero es fuerza no pedir mercedes de esas que Jesús nos dijo que se nos darían por añadidura...

Fuerza es orar, sí, porque por remota que supongamos a la inteligencia creadora, inteligencia es, alma es de la esencia misma de la nuestra, y el ímpetu y el pensamiento de un alma llegarán siempre a otra alma. No hay distancia a través de la cual dos almas no puedan tender un puente. Tendámoslo por la contemplación entre nosotros y Dios; pero jamás pidamos nada. Nuestro

destino es inflexible como la mano que nos lleva a través del abismo.

V

Nuestro destino es inflexible, sí, y su inflexibilidad es el signo por excelencia de su divinidad. Un destino sesgo, poligonal, que fuese torciéndose a cada paso por efecto de nuestras plegarias, sería indigno de nuestro acatamiento y merecedor de nuestro desprecio. Dios no puede tener piedad, porque ésta supondría una regresión en la voluntad increada, algo como una rectificación, como un arrepentimiento.

Mi lógica concibe todo esto... y, sin embargo, noche a noche, llena el alma de una angustia encrespada, de un desconsuelo inconmensurable, que me roe hasta los huesos, pido a Dios que me restituya a mi Ana.

¿En qué forma puede restituírmela? Ya han pasado cerca de dos mil años desde que Jesús dijo a Lázaro: «Ven fuera», y exclamó de la hija de Jairo: «No está muerta; es que duerme»

No hay más que dos formas de restitución: o que ella venga a mí espiritualmente, o que yo vaya a ella por el gran camino, por el camino real de la muerte. Con respecto al primer modo,

centenares de miles de hombres pretenden conversar con los muertos, penetrar en el plano astral donde viven, verlos y seguirlos en sus evoluciones.

Según ellos, los muertos nos rodean. No están ausentes, sino invisibles, como dijo Hugo... Pero nosotros, a menos de tener desarrollado ese sexto sentido de la visión subconsciente, de la videncia, no podemos verlos... Acaso, como dice Mæterlinck, «continúan viviendo alrededor de nosotros; pero no logran, a pesar de sus esfuerzos, hacerse reconocer ni darnos una idea de su presencia, *porque no tenemos el órgano necesario para percibirlos*»... Sólo los muertos pueden ver a los muertos...

Según William T. Stead, entre los muertos hay tanto escepticismo acerca de la posibilidad de comunicar con los vivos, como lo hay entre los vivos acerca de la posibilidad de comunicar con los muertos. Unos y otros comprendemos que entre ambos se extiende un mar de misterio...

Sólo que los cientos de miles de hombres de que hablaba yo antes pretenden haber franqueado ese mar en una nave mágica que se llama clarividencia, visión astral, y con timoneles enigmáticos que se llaman mediums o adeptos. El propio Stead exclama: «He visto, y por eso creo. He visto a mi hijo materializarse ante mis

ojos...» Y el eminente Lealcater, basado en experimentos personales, nos afirma que la muerte no existe!

Ahora bien; a mí me ha sido hasta hoy negada toda evidencia. Lo que cientos de miles de hombres pretenden haber visto, yo no lo vi jamás. Y, sin embargo, aunque soy pequeño entre los pequeños, aunque constituyo un tipo de evolución media, difícil ha de ser hallar en el mundo un hombre que con más encarnizamiento haya tocado a la puerta de acero del misterio, que se endereza imponente en la montaña, en medio de la noche. El aldabón resuena en las tinieblas, con sonoridades pavorosas; ¡pero nadie me responde!

Todos los anhelos de mi vida han volado hacia el arcano. He podido ser vicioso, mediocre, malo... pero en mi espíritu ha habido siempre un aleteo, un verberar ansioso hacia lo Desconocido. Siempre he creído en Dios, no en el Dios antropomorfo de las religiones, sino en la incomprensible causa de las causas, y ciertamente por esa fe, que si ha podido padecer eclipses, porque soy hombre no más, han sido eclipses momentáneos, yo merecería quizás que ahora en que he perdido el único bien que tenía en la vida, la pupila interior que todos tenemos en germen se abriese y ¡por fin! mirase el más allá, el *borderland* de los ingleses, el plano superfí-

sico en que *vive* una vida más amplia que la mía *mi muerta*, mi muerta adorada, que acaso revolotea en torno mío, con la angustia de que no percibo ni sus palabras de consuelo ni sus divinos besos impalpables! (1).

«Extraño espectáculo — dice «Julia» en sus *Cartas*—. De vuestro lado, almas llenas de angustia por los muertos; del *nuestro*, almas llenas de tristeza porque no pueden comunicarse con los que aman... ¿Qué podríamos hacer para unir a esas personas tristes, abrumadas de pena?»

En cierta ocasión ella me dijo: «Anoche soñé que estaba muerta y que tú llorabas sin consuelo cerca de mi cadáver. Pero yo continuaba viviendo, yo me hallaba a tu lado y te decía: ¡no llores! Aquí estoy. Mírame... Sólo que tú no me mirabas y seguías llorando.»

¿Será ésta, Dios mío, la maravillosa realidad presente? Fué verdad su sueño? Se halla a mi lado y yo no la veo, porque inexorablemente se niega a abrirse mi pupila interior?

Muerta mía, muerta mía, ¿no me ha de quedar, pues, más vehículo para comunicarme contigo que el de mi propio cuerpo, que convulsi-

---

(1) Según Annie Besant, existen ya en el cerebro los órganos del sentido o visión astral y de la percepción del pensamiento: son la glándula pituitaria y la glándula pineal. En algunos seres privilegiados, funcionan ya...

vamente se agita con mis sollozos? ¡Ven, mira con mis ojos la soledad infinitamente hosca de mi vida! Gusta con mi boca la salsedumbre de mis lágrimas. Haz el bien con mis pobres manos que se enclavijan o se agitan en las tinieblas. Marcha con mis pies, en pos de todas las desgracias, para socorrerlas; conmuévete con mi corazón de todos los dolores humanos; logra que mi vida sea una continuación de la tuya... No te estorbará mi espíritu para infundir el tuyo en mi cerebro. ¿No eres por ventura *más yo que yo mismo?* ¡Realizaremos, pues, así el ensueño de dos almas en un solo cuerpo! Swedemborg, en su tratado de las Delicias de la Sabiduría Angélica, sobre el amor conyugal, dice: «Y he aquí en aquel instante apareció un carro que bajaba del cielo supremo o tercer cielo; en ese carro se veía un solo ángel; pero, al aproximarse, se vió que eran dos...»

⊠

Mas hablemos del segundo modo de que ella me sea restituída, que es el de ir a buscarla, por el camino real de la muerte.

Cuando yacía en su ataúd negro, rodeada de cirios, cubierta de flores, mostrando esa sonrisa prodigiosa de serenidad con que sonríen algunos muertos, yo experimenté, y lo he experi-

mentado después con gran vehemencia, el deseo de matarme, lo que los portugueses llaman con tanto acierto «a vontade da morrer»...

Remy de Gourmont, en su libro deliciosamente escéptico, *Una noche en el Luxemburgo*, pone impíamente en boca de Cristo esta defensa del suicidio: «El suicidio es un monstruo que deberíamos acostumbrarnos a mirar con calma. Comparado a ciertos males físicos, a ciertos dolores, a ciertos infortunios, se nos mostraría pronto como un amigo muy feo, pero muy cordial. ¿No merece acaso los nombres más dulces? No es el consolador? No es la manumisión?»

Dentro de mí, *alguien* defendía también el acto aniquilador en parecidos términos; pero... ¡tuve miedo!, miedo de que, según tantas lecturas pretenden, mi voluntaria destrucción me apartase para siempre del objeto adorado, en cuya busca juntamente quería ir.

Varias veces acaricié la «cacha» de mi browning, un verdadero juguete, construído en Bélgica, que automáticamente podía disparar en mi sien seis balas blindadas, como otras tantas llaves para abrir las puertas del *au delà*... Pero me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de una ausencia todavía más terrible, infligida por castigo, y junto a la cual nada significa este relámpago, esta ilusión, esta fantasmagoría de la vida, tras de la que Ana me aguar-

da, quizá, de *par en par* abiertos los amorosos brazos invisibles!

«¡Desgraciado!—exclamó la Espírita de Teophile Gautier, estrechando *contra su corazón de fantasma* a Guido, que iba a suicidarse—. ¡No hagas eso! No te mates por unirte a mí! Tu muerte así provocada, nos separaría sin esperanza, y abriría entre nosotros abismos que millones de años no bastarían a franquear! ¡Vuelve en ti! Soporta la vida, que, por larga que sea, no dura más que la caída de un grano de arena... Para soportar el tiempo, piensa en la eternidad, en que podremos amarnos siempre.»

Y he aquí cómo inveteradas ideas espiritualistas, que desde mi infancia anclaron en el alma, ahondadas por tantas lecturas, me han impedido la muerte; gracias a ellas... ¡ni puedo vivir ni puedo morir!

VI

El tormento empero de esta mutilación, de esta cirugía brutal de la muerte, no consiste para mí, precisamente, en la separación, en el dolor atroz que trae aparejado; consiste, sobre todo, en una idea irremovible, indescepable, que pesa sobre mi corazón y gravita sobre mi alma des-

piadadamente: la idea de que la vida, en cuyos brazos no somos más que míseras briznas de heno, ha de recobrar por fuerza sus fueros y me ha de traer por fuerza el olvido. Esta idea me es tan intolerable, que me hace desear fervorosa, apasionadamente la muerte. En las cartas de pésame, en las palabras de consuelo de los amigos, esta idea horrible, hija de la milenaria experiencia de los hombres, se encuentra a cada paso: «Ya se resignará usted. Ya olvidará usted. Ya se tranquilizará usted. Ello es inevitable. Nadie escapa a ese leteo... ¡Nadie! Nadie!».—«El dolor posee las mismas leyes rítmicas que el movimiento, y como un péndulo cuya oscilación disminuye de amplitud, la excitación de la angustia se apacigua y se cambia en una especie de apatía», como enseñan las metafísicas.

Y mis entrañas sangran al oirles y al leerles, y experimento inefable angustia, porque yo también sé que, irrevocablemente, tengo que consolarme; que ni siquiera, alma mediocre, mesócrata mezquino, puedo aspirar al privilegio de llorar mientras viva a mi muerta... ¡a menos que viva poco! Esta fatalidad del consuelo me es más odiosa que la fatalidad de la tortura, porque el dolor ennoblece *(La douleur c'est la noblesse unique)* y el consuelo, la alegría, son bellacos. En los brazos invisibles de ese gigante que parece sombrío y que es luminoso: el dolor, me he

sentido un poquito dignificado. Desde que mi Ana cayó, estrujada por la fiebre, he crecido: Mi talla moral ha ganado algunos centímetros. ¿Y he de volver a achicarme? He de volver a sonreir y a decir frases sonoras en las triviales asambleas de los hombres! Han de absorberme otra vez las tareas burocráticas! He de vestirme y desvestirme el frac para hacer reverencias y distribuir sonrisas en los salones mundanos! Y el freno que hoy he puesto a mi deseo, al impulso incontrarrestable de la vida ha de romperse! Y he de buscar a la hembra!—yo que tenía a mi lado a la mujer casi perfecta, llena de una dignidad amable y de una altivez graciosa; a la mujer solícita, que me envolvía, me penetraba, me saturaba de su ternura!...

¡Oh!, que aquellos cuya alma delicada haya pasado por la amargura de estos pensamientos, se conduelan de mi mal! El destino nos dice: —Pobre criatura: ni siquiera te es dado sufrir perennemente; ni siquiera eres capaz de llorar toda una vida! Para sufrir *siempre* se necesitan almas elegidas! La tuya no es de su temple. Yo quiero que vivas, aunque tú no lo quieras. Eso es asunto mío. ¡Qué me importan a mí tus ideologías! ¿Acaso no eres carne? Pues a comer, a reir, a buscar a *la hembra placentera*... y a llorar a veces, sí, pero por otras cosas. ¿Que estas cosas serán menos nobles que lo que ahora te pe-

netra y te domina? ¡Y a mí qué! No es humano morar en excelsitudes espirituales como las que sueñas... Hay que bajar, hay que descender a las capas inferiores a que te arrastra tu densidad espiritual!

¡Ah!, yo soñé con que mi Ana me acompañase hasta la vejez. Pensé que, en un porvenir indefinido, uno de los dos (probablemente yo), habría de irse primero, pero diciendo al otro: —Mira, es forzoso que en esta estación tome yo el tren para el destino común, para la ciudad serena, adonde vamos... Tú seguirás aún, un poco, sola, hasta la estación inmediata, y allí tomarás el tren a tu vez, y nos encontraremos en la ciudad dentro de poco. ¡Allí te espero!

Mas partir ella así, en plena juventud, y dejarme a los cuarenta y un años, solo, en una estación, quizá muy lejana de aquella donde yo debo emprender el definitivo viaje...

A menos que... Sí; a menos que la misericordia de Dios luzca al fin sobre mi cabeza, y el Destino haga otro signo a la muerte...

¡Oh, amigo, que quizás leerás estas páginas deshilvanadas, inconexas y tristes! Ojalá que, al leerlas, sepas ya que mi deseo fué realizado!

Ojalá que, lleno de una generosa simpatía para mí, exclames:

—¡No se mostró inexorable con él la muerte! De la estación donde se quedó solo, a aque-

lla donde debía tomar el tren para la Ciudad Serena, había poco trecho. ¡Pero él no lo sabía! Su adorada sí lo supo, y por eso sonreía en su ataúd con esa sonrisa que contagiaba de paz!

Dios no quiso que en mi vida, resultante de un *Karma* mediocre, hubiera grandes noblezas. Ni siquiera me ha sido dado realizar el poco bien que intenté. Pero ¿quién me dice que, ante la humildad de mi ruego, la sombra no ha de tener oídos? ¿Quién me dice que la concesión suprema e inmerecida que ansío, no ha de regocijar mis huesos? ¿Quién me dice, en fin, que no he de partir, joven aún, en busca de mi alma gemela, antes de que ella ascienda a planos donde el aire espiritual, enrarecido para mí, no me permita respirar?

Entre los versos de *Serenidad*, hay unos que dicen:

No te apartes de mi vera,
muere tú cuando yo muera.
¡Yo te lleve, pues te traje!
Fuiste noble compañera
de viaje
Rimemos nuestros destinos
para todos los caminos
que habremos de recorrer
en lo inmenso del arcano,
y vayamos por la muerte de la mano,
como fuimos por la vida: ¡sin temer!

Estos versos la complacieron en extremo. Re-

pitió varias veces los últimos, y aún vibra en mis oídos el metal de su acento, cuando insistía en el final: *¡sin temer!*

Yo no soy más que la cuerda que pulsan manos desconocidas.

Yo no compongo mis versos: únicamente los escribo!

Yo soy la mano que traza las líneas. El *espíritu sopla donde quiere. Ego sum vox clamantis in deserto.*

Entonces... cabe una esperanza: ¡la de haber acertado!

Oh Dios, en quien creo y a quien amo sobre todas las cosas: dame esta suprema dicha de morir ahora. ¡Hay en la otra ribera una mano amorosa, que está extendida esperando la mía para el divino viaje! ¡No retardes la unión de las dos! Da a mis versos el prestigio de una profecía hecha por los ángeles.

Y vayamos por la muerte de la mano,
como fuimos por la vida: ¡sin temer!

Y si, como afirman los teólogos, la muerte no es sino un incidente periódico en una existencia sin fin, de la mano volveremos a ir por las vidas sucesivas: de la mano por las vidas y por las muertes.

VII

Pero si, lector, por el contrario, al leer estas

notas sabes que existo, compadéceme. Envejezco en alguna metrópoli, cogido entre los engranajes del vivir cotidiano; acaso he contraído lazos... Tengo deberes, tediosos quizá; y en tanto, mi pobre desaparecida se hunde, se hunde en los abismos del infinito: navega sola por los negros océanos del devenir, se aleja de uno en otro cielo, hacia riberas tan remotas, que nuestra mente se fatiga sólo de pensarlas:

Les morts font de longs voyages...

Compadéceme, porque Dios no quiso oirme, y no merecí de su misericordia esa serena dignidad de la muerte. Caeré, pero más tarde, profanado por la baba del mundo, agobiado por esfuerzos triviales de esos que demanda hora a hora la lucha por la existencia.

Quizá—oh, vergüenza suprema — como el presidiario acaba por amar su jergón maloliente, y la húmeda penumbra de su calabozo, yo habré acabado por amar con egoísmo senil la vida, y, tosiendo y claudicando, me aferraré, sin embargo, al horror y a la vulgaridad de mis días!

¡Oh! yo merezco ciertamente este crepúsculo... pero ahora no quiero presentirlo! Ilusión, nodriza de las almas, no me abandones! Déjame creer que soy amado de los dioses, y que en plena virilidad voy a rendir mi espíritu y a volar libérri-

mo al lado del alma que me aguarda *más allá de las puertas!*

Todas las noches, al sentir la suave invasión del sueño, me digo: «Quizá no despertaré». Y me complazco en cruzar las manos sobre el pecho, con esa definitiva actitud de reposo... ¡que tanto ansío! Y por las mañanas el alba que se cuela, con su insoportable tinte azul, por las rendijas, me produce desconsuelos insondables. Es ésta la hora más terrible de las veinticuatro, que como dos docenas de puñales se me clavan a diario en el corazón. La angustia de vivir trepa hasta mi garganta, y me produce náuseas invencibles.

Afuera el invierno, de una crudeza excepcional, sacude los árboles, el viento aúlla, la lluvia azota las vidrieras; nubes bajas, ventrudas, de un plomo cobrizo, pasan atormentadas y trágicas.

Y yo, echando mano de mis reservas de voluntad, hago dolorosamente el esfuerzo previo para vivir, y con el gesto resignado del enfermo que accede a tomar la poción nauseabunda, empiezo a tragarme el contenido turbio del vaso de la existencia!

Pero no blasfemo: acato. Lo inevitable es la única certidumbre que tenemos de la voluntad de Dios.

«Todos y cada uno me adoran—dice el Eterno en un diálogo de Renan—por la resignación que

ponen en soportar la vida para fines de mí solo conocidos.»

Y nada, ni la espantosa mutilación que he sufrido, puede arrancarme la fe en Cristo. Él ha partido en dos mi corazón, mas en la mitad sangrienta y temblorosa que me queda, hay todavía bastante amor para bendecir a Jesús!

VIII

Sobre el mármol de su cómoda ha quedado su sombrero, tal como ella lo puso el último día que salió, al tornar a casa. Sus pieles y su blusa negra, pendientes de la percha en que sus manos las colocaron con esa meticulosidad que le era propia y que hacía de ella la *menagère* por excelencia, tienen aún su olor, su tibio olor de mujer limpia, su olor que respiré más de diez años. Las otras prendas de su ropa cuelgan lacias en el vestidor. Por dondequiera sus huellas me salen al paso. El lecho vacío me parece desmesurado:

> Ha de sobrarme la mitad del lecho,
> y ha de faltarme la mitad del alma.

Frecuentemente coloco una silla al borde de la cama, pegada al sitio donde expiró, y en la penumbra de la alcoba evoco toda una vida: la

noche de París en que la conocí, el 31 de agosto de 1901. Yo iba en busca de una muchacha del Barrio Latino, con quien me permitía matar el tiempo, que por aquel entonces, y a raíz de grandes contrariedades, no tenía para mí más que tedio. La muchacha no acudió a la cita y, en cambio, la mano misteriosa que teje los destinos nos puso a Ana y a mí frente a frente. Ella paseaba con una hermana y, según supe después, había salido aquella noche impulsada por un tedio tan grande como el mío. También ella tenía dolores, y su hermana, solícita, angustiada al verla llorar en el rincón de su casa, insistió para que saliese: —*Si tu restes*—le dijo—, *tu deviendras folle.* —Ella se dejó convencer... El arcano iba a arrojarla en mis brazos.

Un minuto más o menos, y no nos hubiéramos encontrado. Pero estaba escrito.

Nuestra simpatía fué inmediata; mas a pesar de ella, la almita ingenua y temerosa se resistía a entregarse. La vida había sido hosca con ella y tenía miedo:

—Yo no soy una mujer para un día—me dijo enérgica, pero sonriente.

—Pues ¿para cuánto tiempo?—le pregunté, entre ligero y ansioso.

—Para toda la vida.

—¡Está bien!

Y cuando al fin (después de días deliciosos

en que la persistencia del amor, aunque no lograba la posesión, ya se la prometía serena) ella se entregó sin reserva al hombre a quien empezaba a conocer y estimar, nos repetimos: «¡Para toda la vida!» Y para toda la vida fué... desde aquella noche bendita del estío de 1901, hasta esta lívida mañana del invierno de 1912 en que su hipo de agonizante resonó con eco espantoso en mi corazón.

Más de diez años de un amor confiado, lleno de abandonos. Más de diez años de esa cosa deliciosa y divina que se llama el cariño, y que resume todas las cordialidades, todas las intimidades, todas las seguridades de la vida.

París, Londres, Nueva York, México, Bruselas, Roma, Venecia, Florencia... Medio mundo nos vió juntos. ¡Adónde iré ahora que no me encuentre con su fantasma! En qué lugar no he de ver su huella bendita! Qué paisaje no ha de reconstruírmela!

Por dondequiera que me empuje mi hosco destino, he de abrir los brazos para apretar contra mi corazón su espectro adorado, y no he de estrechar más que mi angustia... mi angustia y la trenza de su cabello castaño, impregnado del sudor de su agonía, que es lo solo material que me queda de la compañera única de mi vida, de la que me quiso pobre y triste, enfermo y olvidado; de la que me ofreció siempre con ímpetu gene-

roso la cordialidad de sus brazos, la seguridad de su apoyo, la lucidez de su instinto; a la que debo la orientación de mi existencia y el no haber caído definitivamente tantas veces en los hoyancos del camino.

¡Ah! Señor, cómo no creer en ti, cuando vemos disolverse todo esto en la incomprensible negrura de la muerte! Un instinto invencible nos fuerza a asirnos con crispada mano a la promesa de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá!» Es imposible que ese instinto nos engañe. La naturaleza no nos ha atormentado el alma con sed de inmortalidad, para volvernos tántalos inexplicables de un infinito hipotético *(natura nihil facit frustra)*. Este amor, esta avidez de lo absoluto tan contraria a las exigencias materiales, esta atracción invencible que el arcano ejerce sobre nuestros espíritus, esta ansia inconmensurable de persistir, son un indicio seguro de eternidad.

Creo en ti, Señor: creo que los vivos y los muertos estamos, por el mismo concepto, en tus brazos. *En ti vivimos, nos movemos y somos*. La muerte, como tantas veces lo repetí a mi adorada, es sólo una ilusión. ¡La muerte no existe! Yo lo proclamo con energía, a pesar de mi soledad aparente, a pesar de mi angustia inefable! Mi pobre alma está encerrada en esta fortaleza del cuerpo. Es una triste princesa metida en una

torre impenetrable, con cinco mezquinas ventanillas (los cinco sentidos) para adivinar el inmenso mundo exterior. A veces le parece escuchar como el ruido de un mar que con rumores de seda que se desgarra, bate los pies de su fortaleza... A veces cree haber visto pasar seres alados que con majestad inmensa agitan sus plumajes níveos; a veces oye rumores armoniosos de palabras, fragmentos de músicas... Ansiaría empinarse y ver los horizontes que presiente... ¡Pero las cinco ventanas están muy altas, son muy estrechas!

Mi alma, la infantita prisionera, sabe que *there are more things in heaven and earth than are dreamt of in your philosophy;* sabe que los muertos amados que, al derrumbarse su castillo de carne, adquirieron el privilegio del vuelo, pugnan por acercarse a ella, la solicitan, la aguardan; pero sabe también que el castillo es inexpugnable por ahora, que la coraza de carne es invencible... que sólo a veces, cuando duerme, esa muerte periódica del sueño le abre las puertas de la prisión; pero que al despertar se halla de nuevo presa y no puede acordarse sino con una enigmática vaguedad de sus departimientos con las otras almas...

Sabe todo esto, sí, y se resigna a la ley de Dios, que un día desmoronará piadosamente la dolorida arquitectura de sus huesos. Su convic-

ción indestructible le dice que amores como el amor de que fué objeto, son más *poderosos que la muerte*, y llena de unción, exclama:

—¡Oh! muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh sepulcro, ¿dónde está tu victoria?

Además, un raciocinio piadoso le argumenta de esta suerte para consolarle: «Cuando vivías con ella, cada instante os separaba, porque os acercaba al día tremendo de su muerte; ahora que se ha ido, cada instante que pasa os acerca, porque es un instante menos de vida y por lo tanto de ausencia, porque abrevia el plazo, vencido el cual, tu alma que se exhalará de tus labios descoloridos, y su alma que te aguarda en la ribera, se fundirán locamente en un divino beso de amor!»

Así, pues, lector, tú que pensaste acaso hallar en este libro, como en el anterior, el ambiente del célebre cuadro de Henri Martin que se llama *Sérénité*, aquel ambiente lleno de radiaciones crepusculares, de sosiego augusto, y aquella asamblea de seres nobilísimos, en un bosque saturado de paz, sólo te encuentras con un nuevo sollozo del atribulado poeta de las *Místicas* y de los *Jardines interiores*.

¡Serenidad! ¿La merecía yo por ventura? Ella es privilegio de espíritus incomparablemente

más altos que mi espíritu. Mi serenidad en este libro se llama *Resignación.*

Perdóname, tú que me lees. Pude suprimir la intimidad de un prefacio tan sombrío; pero sentí que debía a mi Muerta estas páginas. Aquí, donde las escribo, hace apenas dos meses le leía aún mis versos...

Sólo me queda ahora por decir a mi Ana lo que pensé al besar su frente (tan fría que hasta los cabellos estaban helados) en el momento supremo en que iban a cerrar su ataúd:

—Gracias, idolatrada mía, del fondo de mis entrañas, por los diez años de amor que me diste. ¡Que Dios te bendiga!

Y tú, lector, si crees en las promesas de Jesús y has llegado hasta estas líneas, ruega por Ana Cecilia Luisa Dailliez, para quien amorosamente escribo mi libro. ¡Ora por ella y que Dios te bendiga también!

AMADO NERVO.

Febrero de 1912. Madrid.

PENSAMIENTOS AFINES

Not dead, but gone before.

ROGERS, Human life.

Es la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella... Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida.

QUEVEDO.

Une fois, il vit dans le cimetière
une tombe neuve, un nouveau cyprès;
il comprit pour quoi; la nuit tout entière
il pleura sa mie, et mourut après.

RONSARD, La Ballade de Roland.

La voilà, j'ai coupé seulement ces deux tresses
dont elle m'enchaînait hier dans ses caresses
et je n'ai gardé que cela!

LAMARTINE.

Seigneur, je reconnais que l'homme est en délire
s'il ose murmurer;
je cesse d'accuser, je cesse de maudire;
mais laissez moi pleurer!

VICTOR HUGO.

... Y morir es muy distinto de lo que todos suponen, y más feliz. ¿Alguien ha pensado que nacer es una ventura? Me apresuro a manifestarle que morir es igualmente venturoso: Yo lo sé.

WALT. WHITMAN.

I

¿LLORAR? ¡POR QUÉ!

Este es el libro de mi dolor:
lágrima a lágrima lo formé:
una vez hecho, te juro por
Cristo, que nunca más lloraré.
¿Llorar? ¡Por qué!

Serán mis rimas como el rielar
de una luz íntima, que dejaré
en cada verso; pero llorar,
¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio,
un haz de notas que regaré;
y habrá una risa por cada arpegio.
¿Pero una lágrima? ¡Qué sacrilegio!
Eso ya nunca. ¿Por quién? ¿Por qué?

II

«MAS YO QUE YO MISMO»

Oh vida mía, vida mía,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.
De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí!

Faro de mi devoción,
perenne cual mi aflicción
es tu memoria bendita!
¡Dulce y santa lamparita
dentro de mi corazón!

Luz que alumbra mi pesar,
desde que tú te partiste
y hasta el fin lo ha de alumbrar,
que si me dejaste triste,
triste me habrás de encontrar.

Y al abatir mi cabeza
ya para siempre jamás
el mal que a minarme empieza,
pienso que por mi tristeza
tú me reconocerás!

Merced al noble fulgor
del recuerdo, mi dolor
será espejo en que has de verte,
y así vencerá a la muerte
la claridad del amor.

No habrá ni noche ni abismo
que enflaquezca mi heroísmo
de buscarte sin cesar.
Si eras *más yo que yo mismo*,
¿cómo no te he encontrar?

Oh vida mía, vida mía,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.
De tal manera te quería,
que estar sín ti es estar sin mí.

Febrero de 1912.

III

GRATIA PLENA

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía.
Era *llena de gracia*, como el Avemaría;
¡quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como Margarita sin par,
al influjo de su alma celeste, amanecía...
Era llena de gracia, como el Avemaría;
quien la vió no la pudo ya jamás olvidar.

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.

Más que muchas princesas, princesa parecía:
era llena de gracia, como el Avemaría;
quien la vió no la pudo ya jamás olvidar.

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
quien la vió no la pudo ya jamás olvidar.

•

¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fué mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Avemaría,
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Marzo de 1912.

IV

PUELLA MEA!

MUCHACHITA mía,
gloria y ufanía
de mi atardecer,
yo sólo tenía
la santa alegría
de mi poesía
y de tu querer!

¿Por qué te partiste?
¿Por qué te me fuiste?
Mira que estoy triste,
triste, triste, triste,
con tristeza tal,
que mi cara mustia

deja ver mi angustia,
como si fuera de cristal!

Muchachita mía,
¡qué sola, qué fría
te fuiste aquel día!
¿En qué estrella estás!
¡En qué espacio vuelas!
¡En qué mar rielas!
¿Cuándo volverás?
—Nunca, nunca más!

Marzo de 1912.

V

SU TRENZA

BIEN venga, cuando viniere,
la Muerte: su helada mano
bendeciré si me hiere...
He de morir como muere
un caballero cristiano.

Humilde, sin murmurar,
oh Muerte, me he de inclinar
cuando tu golpe me venza;
... pero déjame besar,
mientras expiro, su trenza!

La trenza que le corté
y que, piadoso guardé

(*impregnada todavía*
del sudor de su agonía)
la tarde en que se me fué!

Su noble trenza de oro:
amuleto ante quien oro,
ídolo de locas preces,
empapado por mi lloro
tantas veces... tantas veces...

Deja que, muriendo, pueda
acariciar esa seda
en que vive aún su olor:
... Es todo lo que me queda
de aquel infinito amor!

Cristo me ha de perdonar
mi locura, al recordar
otra trenza, en nardo llena,
con que se dejó enjugar
los pies por la Magdalena...

Marzo 19-1912.

VI

ESCAMOTEO...

Con tu desaparición
es tal mi estupefacción,
mi pasmo, que a veces creo
que ha sido un *escamoteo*,
una burla, una ilusión;

Que tal vez sueño despierto,
que muy pronto te veré,
y que me dirás: «¡No es cierto,
vida mía, no me he muerto;
ya no llores... bésame!»

Marzo de 1912.

VII

¿QUÉ MÁS ME DA? (1)

In angello cum libello.
KEMPIS.

CON ella, todo; sin ella, nada!
para qué viajes,
cielos, paisajes!
Qué importan soles en la jornada!
Qué más me da
la ciudad loca, la mar rizada,
el valle plácido, la cima helada,
si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...

Venecias, Romas, Vienas, Parises:
bellos sin duda; pero copiados

(1) Antes: *A quoi bon?*

en sus celestes pupilas grises,
en sus divinos ojos rasgados!
Venecias, Romas, Vienas, Parises,
qué más me da
vuestra balumba febril y vana,
si de mi brazo no va mi Ana,
si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...

Un rinconcito que en cualquier parte me preste abrigo
un apartado refugio amigo
donde pensar;
un libro austero que me conforte;
una esperanza que sea norte
de mi penar,
y un apacible morir sereno,
mientras más pronto más dulce y bueno:
¡qué mejor cosa puedo anhelar!

Marzo de 1912.

VIII

QUIÉN SABE POR QUÉ!

PERDÍ tu presencia,
pero la hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré!

Tú fuiste en mi senda
la única prenda
que nunca busqué;
llegaste a mi tienda
con tu noble ofrenda,
quién sabe por qué!

¡Ay! por cuánta y cuánta
quimera he anhelado
que jamás logré... (1)
y en cambio a ti, santa,
dulce bien amado,
te encontré a mi lado,
quién sabe por qué!

Viniste, me amaste;
diez años llenaste
mi vida de fe,
de luz y de aroma;
en mi alma arrullaste
como una paloma,
quién sabe por qué!

...Y un día te fuiste:
¡ay triste! ay triste!
... pero te hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré!

Marzo 19 de 1912.

---

(1) Antes: «¡Cuánta novia, cuánta
perseguí cuitado,
y no la logré!

IX

MI SECRETO

Mi secreto? ¡Es tan triste! Estoy perdido
de amores por un ser desparecido,
por un alma liberta,
que diez años fué mía, y que se ha ido...
¿Mi secreto? Te lo diré al oído:
¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes—tú que buscas los *visibles*
transportes, las reales, las tangibles
caricias de la hembra, que se plasma
a todos tus deseos invencibles—
ese imposible de los imposibles,
de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido
y será!
Si por mí sólo ha latido
su noble corazón, hoy mudo y yerto,
¿he de mostrarme desagradecido
y olvidarla, no más porque ha partido
y dejarla, no más porque se ha muerto?

Marzo, 25 de 1912.

X

METAFISIQUEOS

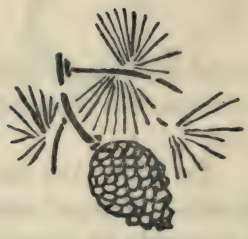
De qué sirve al triste la filosofía!
Kant o Schopenhauer o Nietzsche o Bergson...
¡Metafisiqueos!
En tanto, Ana mía,
te me has muerto, y yo no sé todavía
dónde ha de buscarte mi pobre razón.

¡Metafisiqueos, pura teoría!
Nadie sabe nada de nada: mejor

que esa pobre ciencia confusa y vacía,
nos alumbra el alma, como luz del día,
el secreto instinto del eterno amor!

No ha de haber abismo que ese amor no ahonde,
y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde!
¿Cuándo? No me importa... ¡pero te hallaré!
Si pregunto a un sabio, «¡Qué sé yo!»—responde—.
Si pregunto a mi alma, me dice: «¡Yo sé!»

27-III-912.



XI

UNIDAD

No, madre, no te olvido;
mas apenas ayer ella se ha ido,
y es natural que mi dolor presente
cubra tu dulce imagen en mi mente,
con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria (1)
como oriente y ocaso de mi historia,
como principio y fin de mi sendero,
como nido y sepulcro de mi gloria;
¡pues contigo, nací; con ella, muero!

(1) Antes: «Ya viviréis las dos en mi memoria.»

A m a d o N e r v o

Ya viviréis las dos en mis amores (1)
sin jamás separaros;
pues, como en un matiz hay dos colores
y en un tallo dos flores,
en una misma pena he de juntaros!

Marzo 28 de 1912.

---

(1) Antes: «Ya unidos viviréis ambos amores.»

PENSAMIENTOS AFINES

Mais elle était du monde où les plus belles choses
ont le pire destin;
et rose, elle a vécu ce qui vivent les roses,
l'espace d'un matin.

MALHERBE.

Elle est venue; elle a souri; elle a passée.

EPITAFIO ANTIGUO.

Vous qui pleurez, venez a ce Dieu, car il pleure.
Vous qui souffrez, venez a lui, car il guérit.
Vous qui tremblez, venez a lui, car il sourit.
Vous qui passez, venez a lui, car il demeure.

VÍCTOR HUGO.

Je me souviens
des jours anciens
et je pleure...

VERLAINE.

El más rápido corcel para conducir a la perfección es el sufrimiento.

EL MAESTRO ECKHARDT. Obras. Vol. I, pág. 492.

Death is the crown of life.

YOUNG, High thoughts.

I

EL FANTASMA SOY YO

Vivants, vous êtes des fantômes.
C'est nous qui sommes les vivants!
V. H.

Mi alma es una princesa en su torre metida,
con cinco ventanitas para mirar la vida.
Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó.
Y tu alma, que desde antes de morirte volaba,
es un ala magnífica, libre de toda traba...
Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen,
no como son de suyo, sino como aparecen

a los cinco sentidos con que Dios limitó
mi sensorio grosero, mi percepción menguada.
Tú lo sabes hoy todo...; ¡yo, en cambio, no sé nada!
Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

5 Abril 1912.

II

TRES MESES

Mi amada se fué a la Muerte,
partió al Misterio mi amada;
se fué una tarde de invierno;
iba pálida, muy pálida.

Ella que, por su color,
gloriosamente rosada,
parecía un ser traslúcido
iluminado por llama
interna...
¡Qué lividez
aquella, la de mi Ana,
y qué frialdad! ¡Si tenía
hasta las trenzas heladas!

¡Se fué a la Muerte, que es
nuestra Madre, nuestra Patria
y nuestra sola heredad
tras este valle de lágrimas!

Hoy hace tres meses justos
que se la llevaron, trágica-
mente inmóvil, y recuerdo
con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama.

⊠

¡Tres meses de viaje! Nunca
fué nuestra ausencia tan larga!
Noventa días sin verla,
y sin una sola carta...

Abismo de los abismos,
distancia de las distancias,
hondura de las honduras,
muralla de las murallas,
¿dónde tienes a mi muerta?
¡Dámela! ¡Dámela! ¡Dámela!

¡En vano en la noche lóbrega
suena y resuena la aldaba
con que llamo a la gran puerta
del castillo que se alza
en la cima misteriosa
de la fúnebre Montaña!

Cierto, detrás de esa hostil
fortaleza, alguien se halla...
Se adivina no sé qué,
un confuso rumor de almas...

De fijo nos oyen, pero
nadie nos responde nada,
y resuena solamente,
con vibraciones metálicas,
en los ámbitos inmensos
el golpazo de la aldaba.

⊠

Hoy hace tres meses justos
que se la llevaron, trágica-
mente inmóvil, y recuerdo
con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama;

y recuerdo también que
al cruzar por las barriadas
de Madrid, me sollozó
una tétrica gitana:
«¡Señorito, una limosna
por la difunta de su *arma!*»

8 de abril de 1912.

III

HUGUEANA

Ay de mí! Cuántas veces, arrobado
en la contemplación de una quimera,
me olvidé de la noble compañera
que Dios puso a mi lado!

—Siempre estás distraído!—me decía;
y yo, tras mis fantasmas estelares,
por escrutar lejanos luminares
el íntimo lucero no veía!

Qué insensatos antojos
los de mirar, como en tus versos, Hugo,
las estrellas en vez de ver sus ojos,
desdeñando, en mi triste desatino,

la cordial lucecita que a Dios plugo
encenderme en la sombra del camino...

Hoy que partió por siempre el amor mío,
no me importan los astros, pues sin ella
para mí el universo está vacío.
Antes, era remota cada estrella:
hoy, su alma es la remota, porque en vano
la buscan mi mirada y mi deseo!

Ella, que iba conmigo de la mano,
es hoy lo más lejano:
los astros están cerca, pues los veo.

Abril 9-912.

IV

CUANDO DIOS LO QUIERA...

SANTA florecita, celestial renuevo,
que hiciste de mi alma una primavera,
y cuyo perfume para siempre llevo:
¿Cuándo en mi camino te hallaré de nuevo?
—¡Cuando Dios lo quiera, cuando Dios lo quiera!

—¡Qué abismo tan hondo! Qué brazo tan fuerte
desunirnos pudo de tan cruel manera!
... Mas ¡qué importa! Todo lo salva la muerte
y en *otra ribera* volveré yo a verte...
—En otra ribera... sí!, cuando Dios quiera!

Corazón herido, corazón doliente,
mutilada entraña: si tan tuya era
(carne de tu carne, mente de tu mente,
hueso de tus huesos), necesariamente
has de recobrarla... —Sí, cuando Dios quiera!!

Abril de 1912.

V

LE TROU NOIR

Y todos los modernos sobrentienden,
quiénes más, quiénes menos,
esa inmortalidad del otro lado
del agujero negro.

FLAUBERT, *Correspondence.*

PARA el que sufre como yo he sufrido,
para el cansado corazón ya huérfano,
para el triste ya inerme ante la vida,
bendito agujero negro!

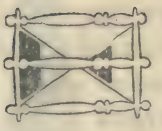
Para el que pierde lo que yo he perdido
(luz de su luz y hueso de sus huesos),
para el que ni recobra ya ni olvida,
bendito agujero negro!

A m a d o N e r v o

Agujero sin límites, gigante
y medroso agujero,
cómo intriga a los tontos y a los sabios
la insondabilidad de tu misterio!

Mas, si hay alma, he de hallar la suya errante;
si no, en la misma nada fundiremos
nuestras áridas bocas, ya sin labios,
en tu regazo, fúnebre agujero!

Abril 4 de 912.



VI

TODO INUTIL

INÚTIL es tu gemido:
no la mueve tu dolor.
La muerte cerró su oído
a todo vano rumor.

En balde tu boca loca
la suya quiere buscar:
Dios ha sellado su boca:
¡ya no te puede besar!

Nunca volverás a ver
sus amorosas pupilas
en tus veladas arder
como lámparas tranquilas.

Ya sus miradas tan bellas
en ti no se posarán:
Dios puso la noche en ellas
y llenas de noche están...

Las manos inmaculadas
le cruzaste en su ataúd,
y estarán siempre cruzadas:
¡ya es eterna su actitud!

Al noble corazón tierno
que sólo por ti latió,
como a pájaro en invierno
la noche lo congeló.

—¿Y su alma? ¿Por qué no viene?
¡Fué tan mía!... ¿Dónde está?
—Dios la tiene, Dios la tiene:
El te la devolverá
quizá!

Abril 19 de 1912.

VII

COMO SERÁ!

Si en el mundo fué tan bella,
¿cómo será en esa estrella
dónde está?
¡Cómo será!

Si en esta prisión oscura
en que más bien se adivina
que se palpa la hermosura,
fué tan peregrina,
¡cuán peregrina será
en el más allá!

Si de tal suerte me quiso
aquí, ¿cómo me querrá

en el azul paraíso
en donde mora quizá?
¡Cómo me querrá!

Si sus besos eran tales
en vida, ¡cómo serán
sus besos espirituales!
¡Qué delicias inmortales
no darán!
Sus labios inmateriales,
¡cómo besarán!

... Siempre que medito en esa
dicha que alcanzar espero,
clamo, cual santa Teresa,
que muero porque no muero;
hallo la vida muy tarda
y digo: ¿cómo será
la ventura que me aguarda
donde ella está?
¡Cómo será!

Abril 21 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Así como entre el eco sordo de las aguas y los diversos rumores que se escuchan cuando se abre un túnel, oímos de vez en cuando el ruido de los barreteros que vienen hacia nosotros del lado opuesto, así también a intervalos escuchamos los golpes de la piqueta de nuestros camaradas, los que se fueron al más allá...

SIR OLIVER LODGE.
(Rector de la Universidad de Birmingham.)

El alma, cuando dormimos, tiene ojos de lince.

ESQUILO, Euménides.

Ils n'ont accepté de la terre que l'effort seul qu'elle nécessite pour s'en détacher.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM.

Oh, Christ, that it were possible
for one short hour to see
the souls we loved, that they might tell us
what and where they be.

TENNYSON, Maud, Pt. IV., III.

I

LA CITA

Llamaron quedo, muy quedo,
a la puerta de tu casa...
VILLAESPESA.

HAS escuchado?
tocan la puerta...
—La fiebre te hace
desvariar.
—Estoy citado
con una muerta,
y un día de estos ha de llamar...
Llevarme pronto me ha prometido;
a su promesa no ha de faltar...
Tocan la puerta. Qué, ¿no has oído?
—La fiebre te hace desvariar.

Abril, 26 de 1912.

II

NADIE CONOCE EL BIEN

HABÍA un ángel cerca de mí,
mas no le vi...
Posó las plantas maravillosas
entre las zarzas de mi erial, y
yo, en tanto, estaba viendo otras cosas!

Cuando, callado, tendió su vuelo
y quedó al irse torvo mi cielo,
mi vida huérfana, mi alma vacía,
comprendí todo lo que perdía!

Alcé los ojos despavorido,
llamé al ausente con un gemido,
plegó mis labios convulso gesto...

Mas pronto el ángel dejó traspuesto,
con vuelo de ímpetu soberano,
las lindes negras del mundo arcano,
y todo vano fué... ¡todo vano!

¡Quién del espacio devuelve un ave!
¡qué imán atrae a un dios ya ido!
Dice el proloquio que nadie sabe
el bien que tiene... ¡sino perdido!

Abril, 27, 1912.

III

REPARACIÓN

En esta vida no la supe amar!
Dame otra vida para reparar,
¡oh Dios! mis omisiones,
para amarla con tantos corazones
como tuve en mis cuerpos anteriores;
para colmar de flores,
de risas y de gloria sus instantes;
para cuajar su pecho de diamantes
y en la red de sus labios dejar presos
los enjambres de besos
que no le dí en las horas ya perdidas...

Si es cierto que vivimos muchas vidas
(conforme a la creencia

teosófica), Señor, otra existencia
de limosna te pido
para quererla más que la he querido,
para que en ella nuestras almas sean
tan *una*, que las gentes que nos vean
en éxtasis perenne ir hacia Dios,
digan: «¡Cómo se quieren esos dos!»

A la vez que nosotros murmuramos
con un instinto lúcido y profundo
(mientras que nos besamos
como locos): «¡Quizás ya nos amamos
con este mismo amor en otro mundo!»

Abril, 28.

IV

CÓMO CALLAN LOS MUERTOS!

QUÉ despiadados son
en su callar los muertos!
Con razón
todo mutismo trágico y glacial,
todo silencio sin apelación
se llaman: *un silencio sepulcral.*

Abril, 29.

V

ME BESABA MUCHO...

Me besaba mucho, como si temiera
irse muy temprano... Su cariño era
inquieto, nervioso.
Yo no comprendía
tan febril premura. Mi intuición grosera
nunca vió muy lejos...
¡Ella presentía!

Ella presentía que era corto (1) el plazo,
que la vela, herida por el latigazo
del viento, aguardaba ya... y en su ansiedad
quería dejarme su alma en cada abrazo,
poner en sus besos una eternidad!

Mayo, 4 de 1912.

(1) Antes: «breve».

VI

AQUEL OLOR...

Era un'amicizia «di terra lontana».
GABRIELE D'ANNUNZIO.

En qué cuento te leí?
¿En qué sueño te soñé?
¿En qué planeta te vi
antes de mirarte aquí?
¡Ah! ¡no lo sé... no lo sé!

Pero brotó nuestro amor
con un *antiguo* fervor,
y hubo, al tendernos la mano,
cierta emoción *anterior*,
venida de lo lejano.

Tenía nuestra amistad,
desde el comienzo, un cariz
de otro sitio, de otra edad,
y una familiaridad
de indefinible matiz...

Explique alguien (si lo osa)
el hecho, y por qué, además,
de tus caricias de diosa
me queda una misteriosa
esencia sutil de rosa
que viene de un siglo atrás...

Mayo, 7, 1912.

VII

HELAS!

HELAS! je ne suis plus un poète, un artiste:
Je ne suis plus qu'un cœur profondément meurtri;
je ne suis qu'un esprit las et farouche et triste,
qui veut saisir un rêve d'amour évanoui...

La Mort a mis devant mes yeux ses lourdes voiles,
pour m'empêcher de suivre *Celle* qui s'envola;
mais mon âme opiniâtre, cherche dans les étoiles,
fouille les noirs abîmes, et la retrouvera!

11-V-1912.

VIII

REGNUM TUUM

FUERA, sonrisas y saludos,
vals, esnobismo de los clubs,
mundanidad oropelesca.
Pero al volver a casa, tú.

En el balcón, en la penumbra,
vueltos los ojos al azul,
te voy buscando en cada estrella
del misterioso cielo augur.

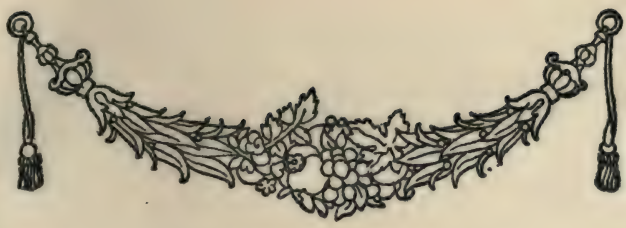
¿Desde qué mundo me contemplas?
De qué callada excelsitud
baja tu espíritu a besarme?

Cuál es el astro cuya luz
viene a traerme tus miradas?
¡Oh! qué divina es la virtud
con que la noche nos penetra
bajo su maternal capuz!

Hasta mañana, salas frívolas,
trajín, ruidos, inquietud,
mundanidad oropelesca,
poligonales fracs, abur!

Y tú, mi muerta, ¡buenas noches!
¿Cómo te va? me amas aún?
Vuelvo al encanto misterioso,
a la inefable beatitud
de tus lejanos besos místicos.
¡Aquí no reinas más que tú!

Mayo, 16 de 1912.



IX

NEARER TO THEE!

AVANT de t'en aller vers le sombre rivage,
chaque jour, chaque instant, te separait de moi,
car la barque approchait pour l'éternel voyage...
Maintenant, chaque jour nous unit d'avantage,
je suis tous les instants plus près, plus près de toi!

Aujourd'hui, plus qu'hier, et plus encor demain!
Ainsi, combien de soirs, je pense avec émoi:
«Qui sait si elle me tend déjà la blanche main
pour m'aider à franchir son abîme lointain!»
... Et je me sens plus près, toujours plus près de toi!

21-V-1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Que ferai-je de la lyre,
de la vertu, du destin?
Hélas! et, sans ton sourire,
que ferai-je du matin?
Que ferai-je seul, farouche,
sans toi, du jour et des cieux,
de mes baisers sans ta bouche
et de mes pleurs sans tes yeux!

V. H.

La vie des morts est plus durable que celle des vivants.

GUSTAVE LE BON.

Mi diestra sea olvidada. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti me olvidare.

SALMOS, 137, 5, 6.

Mejor es la buena fama que el buen ungüento, y el día de la muerte que el día del nacimiento.

ECLESIASTÉS, 7. 1.

Mi alma espera a Jehovah, más que los centinelas la mañana.

SALMOS, 130, 6.

La muerte no es quizá más que un cambio de sitio.

MARCO AURELIO.

I

ESTE LIBRO

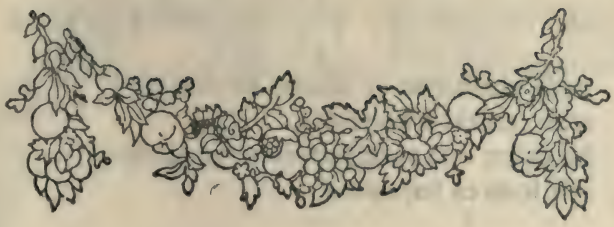
Un rimador oscuro
que no proyecta sombra,
un poeta maduro
a quien ya nadie nombra,
hizo este libro, amada,
para vaciar en él
como turbia oleada
el ánfora colmada
de lágrimas y hiel.

Humilde florilegio,
pobre ramo de rimas,
su solo privilegio
es que acaso lo animas
tú, con tu santo soplo

de amor y de ternura,
desde el astro en que estás.

Un dolor infinito
labró en él con su cscoplo
tu divina escultura,
como en recio granito,
para siempre jamás!

Mayo, 23, 1912.



II

YA TODO ES IMPOSIBLE...

Dios no ha de devolvértela porque llores!
Mientras tú vas y vienes por la casa
vacía; mientras gimes,
la pobre está pudriéndose en su agujero.
¡Ya todo es imposible!

Así llenaras veinte lacrimatorias
con la sal de tus ojos; así suspires
hasta luchar en ímpetu
con el viento que pasa, destrozando
las flores de tus jardines;
así solloces hasta herir la entraña
de la noche sublime,

nada obtendrás: la Muerte no devuelve
sino cenizas a los tristes...
La pobre está pudriéndose en su agujero.
¡Ya todo es imposible!

Dios lo ha querido... Inclina la cabeza,
humíllate, humíllate
y aguarda, recogido, en las tinieblas,
el beso de la Esfinge!

Mayo, 31 de 1912.

III

ESPERANZA

Y por qué no ha de ser verdad el alma?
Qué trabajo le cuesta al Dios que hila
el tul fosfóreo de las nebulosas,
y que traza las tenues pinceladas
de luz de los cometas incansables
dar al espíritu inmortalidad?

¿Es más incomprensible por ventura
renacer que nacer? Es más absurdo
seguir viviendo que el haber vivido?
ser invisible y subsistir, tal como
en redor nuestro laten y subsisten
innumerables formas, que la ciencia
sorprende a cada instante
con sus ojos de lince?

A m a d o N e r v o

Esperanza, pan nuestro cotidiano,
esperanza, nodriza de los tristes:
murmúrame esas íntimas palabras
que en el silencio de la noche fingen,
en lo más escondido de mi mente,
cuchicheo de blancos serafines...
¿Verdad que he de encontrarme con mi muerta?
Si lo sabes, ¡por qué no me lo dices!

Junio, 2-12.

IV

EL RESTO ¡QUÉ ES!

Tú eras la sola verdad de mi vida:
el resto ¡qué es!
Humo... palabras, palabras, palabras...
mientras la tumba me hace enmudecer!

Tú eras la mano cordial y segura
que siempre estreché
con sentimiento de plena confianza
en tu celeste lealtad de mujer.

Tú eras el pecho donde mi cabeza
se reposó bien,
oyendo el firme latir de la entraña
que noblemente mía sólo fué.

Tú lo eras todo: ley, verdad y vida...
El resto ¡qué es!

Junio, 4.

V

NIHIL NOVUM...

CUÁNTOS, pues, habrán amado
como mi alma triste amó...
y cuántos habrán llorado
como yo!

¡Cuántos habrán padecido
lo que padecí,
y cuántos habrán perdido
lo que perdí!

Canté con el mismo canto,
lloro con el mismo llanto
de los demás,

y esta angustia y este tedio,
ya los tendrán sin remedio
los que caminan detrás.

Mi libro sólo es, en suma,
gotícula entre la bruma,
molécula en el crisol
del común sufrir, renuevo
del Gran Dolor: ¡Nada nuevo
bajo el sol!
... Mas tiene cada berilo
su manera de brillar,
y cada llanto su estilo
peculiar.

Junio, 10.

VI

POR MIEDO

La dejé marcharse sola
... y, sin embargo, tenía
para evitar mi agonía,
la piedad de una pistola.

«¿Por qué no morir?» pensé.
«¿Por qué no librarme desta
tortura? ¿Ya qué me resta
después que ella se me fué?»

... Pero el resabio cristiano
me insinuó con voces graves:
«¡Pobre necio, tú qué sabes!»
Y paralizó mi mano.

Tuve miedo... es la verdad:
miedo, sí, de ya no verla,
miedo inmenso de perderla
por toda una eternidad.

Y preferí—no vivir,
que no es vida la presente—,
sino acabar lentamente,
lentamente, de morir.

Junio, 11-1912.

VII

¡CUÁNTOS DESIERTOS INTERIORES!

CUÁNTOS desiertos interiores!
Heme aquí joven, fuerte aún,
y con mi heredad ya sin flores...
Némesis sopló en mis alcores
con bocanadas de simún.

De un gran querer, noble y fecundo,
sólo una trenza me quedó...
¡y un hueco más grande que el mundo!
Obra fué todo de un segundo.
¿Volveré a amar? ¡Pienso que no!

Sólo una vez se ama en la vida
a una mujer como yo amé;

y si la lloramos perdida
queda el alma tan malherida,
que dice a todo: —«Para qué!»

Su muerte fué mi premoriencia
pues que su vida era razón
de ser de toda mi existencia.
Pensarla, es ya mi sola ciencia...
¡Resignación! resignación!

Junio, 13.

VIII

ESO ME BASTA

Este libro tiene muchos precedentes (1),
tantos como gentes
habrán sollozado
por un bien amado,
desaparecido,
por un gran amor extinguido.

---

(1) Este libro tiene muchos precedentes. Muchos grandes amantes lloraron antes que yo en rimas eternas: Alighieri, a Beatriz; Petrarca, a Laura; Miguel Angel, a Victoria Colonna.

Muchos hermanos míos por la estatura, también: Espronceda, a Teresa; Isaacs, a María; Lieva, a su hermana; Balart, a Dolores; Villaespesa... y una gran peregrinación de dolientes futuros seguirá la nuestra: pastoreados todos por nuestra Reina la Muerte.—*N. del A.*

Tal vez muchos otros lloraron mejor
su dolor que yo mi inmenso dolor,
quizás (como eran poetas mayores)
había en sus lágrimas muchos más fulgores...

Yo en mis tristes rimas no pretendo nada:
para mí es bastante
con que mi adorada,
para siempre ida,
detrás de mi hombro las lea anhelante
y diga: «Este sí que es un buen amante
que nunca me olvida.»

Junio, 10.

IX

¡QUÉ BIEN ESTÁN LOS MUERTOS!

QUÉ bien están los muertos,
ya sin calor ni frío,
ya sin tedio ni hastío!

Por la tierra cubiertos,
en su caja extendidos,
blandamente dormidos...

Qué bien están los muertos,
con las manos cruzadas,
con la bocas cerradas.

Con los ojos abiertos,
para ver el Arcano
que yo persigo en vano!

Qué bien estás, mi Amor,
ya por siempre exceptuada
de la vejez odiada,

Del verdugo dolor...
Inmortalmente joven,
dejando que te troven

Su trova cotidiana
los pájaros poetas
que moran en las quietas

Tumbas, y en la mañana,
donde la Muerte anida,
saludan a la Vida! (1).

17 de Junio de 1912.

(1) Antes añadía: «¡Qué bien estás, mi Ana! »

X

BON SOIR...

Donc, bon soir, mon mignon, et à demain!
(Palabras que Ana me dejó escritas una noche en que tuvimos que separarnos.)

BUENAS noches, mi amor, y hasta mañana!
Hasta mañana, sí, cuando *amanezca*,
y yo, después de más de cuarenta años
de incoherente soñar, abra y estriegue
los ojos del espíritu,
como quien ha dormido mucho, mucho,

y vaya lentamente despertando,
y, en una progresiva lucidez,
ate los cabos del ayer de mi alma
(antes de que la carne la ligara)
y del hoy prodigioso
en que habré de encontrarme, en ese plano
en que ya nada es ilusión y todo
es verdad...
¡Buenas noches, amor mío,
buenas noches! yo quedo en las tinieblas
y tú volaste hacia el amanecer...
¡Hasta mañana, amor, hasta mañana!
Porque, aun cuando el destino
acumulara lustro sobre lustro
de mi prisión por vida, son fugaces
esos lustros; sucédense los días
como rosarios, cuyas cuentas magnas
son los domingos...
Son los domingos, en que con mis flores,
voy invariablemente al cementerio
donde yacen tus formas adoradas.
¿Cuántos ramos de flores
he llevado a tu tumba? No lo sé.
¿Cuántos he de llevar? Tal vez ya pocos
¡Tal vez ya pocos! ¡Oh, qué perspectiva
deliciosa!
¿Quizás el carcelero
se acerca con sus llaves resonantes
a abrir mi calabozo para siempre?

¿Es por ventura el eco de sus pasos
el que se oye, a través de la ventana,
avanzar por los quietos corredores?

¡Buenas noches, amor de mis amores!
Hasta luego tal vez... o hasta mañana!

Junio, 25, 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Et j'ai vu quelquefois ce que l'homme a cru voir.

ARTURO RIMBAUD.

Mourir «proprement» comme disait M. Farcot, simplement, dignement, paisiblement. In pace, in idipsum, dormiam et requiescam.

LE P. HYACINTHE LOYSON.

Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo!

FRAY LUIS DE LEÓN.

Oh muerte, ven callada,
como sueles venir en la saeta.

ANÓNIMO SEVILLANO.

Cuando Dios, que al que llora recompensa,
se apiade al fin de lo que yo he sufrido,
en silencio me iré como he venido...
Quiero en la sombra entrar. Tengo una inmensa
necesidad de olvido.

ANTONIO ZARAGOZA.

Vex not the bard; his lyre is broken,
his last song sung, his last word spoken.

.....

Tous mes étonnements sont finis sur la terre,
tous mes adieux sont faits, l'âme est prête à jaillir
pour atteindre à ses fruits protégés de mystère
que la pudique mort a seule osé cueillir.

MARCELINE DESBORDES-VALMORE.

I

SONETO

QUÉ son diez años para la vida de una estrella!
... Mas para el triste amante que encontró la mitad
de su alma en el camino, y se enamoró della,
diez años de connubio son una eternidad.

Diez años, cuatro meses y siete días, quiso
el Arcano, que encauza las vidas paralelas,
juntarnos, no en meloso y estulto paraíso,
sino en la comunión de las almas gemelas.

Conducidos marchamos
por un amor experto;
del brazo siempre fuimos,

y tal nos adoramos,
que... ¡no sé quién ha muerto,
o si los dos morimos!

Junio, 29 de 1912.

II

BENDICIÓN A FRANCIA

BENDITA seas, Francia, porque me diste amor!
En tu París inmenso y cordial, encontré
para mi cuerpo abrigo, para mi alma fulgor,
para mis ideales el ambiente mejor
... y además una dulce francesa que adoré!

Por esa mujer noble, tuyo es, Francia querida,
mi reconocimiento; pues que, merced a ella,
tuve todos los bienes: el gusto por la vida,
la intimidad celeste, la ternura escondida,
y la luz de la lámpara y la luz de la estrella!

Yo no sé (1) qué demiurgo la sustrajo a mi anhelo
tras una amputación repentina y cruel,
y ya tú sola, Francia, puedes darme consuelo:
con un refugio amigo para llorar mi duelo,
tu maternal regazo para verter mi hiel,
la sombra de algún árbol en tu florido suelo
... y acaso, en tus colmenas, una gota de miel!

Julio, 3 de 1912.

(1) Antes: «Ignoro».

III

SEIS MESES...

Seis meses ya (1) de muerta! Y en vano he pretendido
un beso, una palabra, un hálito, un sonido...
y, a pesar de mi fe, cada día evidencio
que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Si yo me hubiese muerto, qué mar, qué cataclismos,
qué vórtices, qué nieblas, qué cimas ni qué abismos
burlaran mi deseo febril y omnipotente
de venir por las noches a besarte en la frente,
de bajar con la luz de un astro zahorí,
a decirte al oído: «¡No te olvides de mí!»

---

(1) Antes: «hoy».

Y tú, que me querías tal vez más que te amé,
callas inexorable, de suerte que no sé
sino dudar de todo, del alma, del destino,
y ponerme a llorar en medio del camino!
Pues con desolación infinita evidencio
que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Julio, 7 de 1912.

IV

PIEDAD

No porque está callada
y ya no te responde, la motejes;

no porque yace helada,
severa, inmóvil, rígida, la huyas;

no porque está tendida
y no puede seguirte ya, la dejes;

no porque está perdida
para siempre jamás, la sustituyas!

Julio, 9 de 1912.

V

POBRECITA MÍA

Bien sé que no puedes,
pobrecita mía,
venir a buscarme.
¡Si pudieras, vendrías!

Acaso te causan
dolor mis fatigas,
mis ansias de verte,
mis quejas baldías,
mi tedio implacable,
mi horror por la vida,
¡y no puedes traerme consuelo!

¡Si pudieras, vendrías!

¡Qué honda! ¡qué honda
debe ser la sima
donde caen los muertos,
pobrecita mía!

¡Qué mares sin playas,
qué noche infinita,
qué pozos danáideos,
qué fieras estigias,
deben separarnos de los que se mueren,
desgajando en dos
almas una misma,
para que no puedas venir a buscarme!

Si pudieras, vendrías...

Julio, 11 de 1912.

VI

LOS MUERTOS MANDAN

Los muertos mandan», ¡sí, tú mandas, vida mía!
Si ejecuto una acción, digo: «¿Le gustaría?»
Hago tal o cual cosa, pensando: «¡Ella lo hacía!»

Busco lo que buscabas, lo que dejabas dejo,
amo lo que tú amabas, copio como un espejo
tus costumbres, tus hábitos... ¡Soy no más tu reflejo!

Julio, 13 de 1912.

VII

LEJANIA

PARECE mentira que hayas existido!
Te veo tan lejos...
Tu mirada, tu voz, tu sonrisa,
me llegan del fondo de un pasado inmenso...

Eres más sutil
que mi propio ensueño;
eres el fantasma de un fantasma,
eres el espectro de un espectro...
Para reconstruir tu imagen remota,
he menester ya de un enorme esfuerzo.

¿De veras me quisiste? ¿De veras me besabas?
¿De veras recorrías la casa, hoy en silencio?

¿De veras, en diez años, tu cabecita rubia
reposó por las noches, confiada, en mi pecho?

¡Ay qué perspectivas ésas de la muerte!
¡Qué horizontes tan bellos!
Cuál os divinizan, ¡oh difuntas jóvenes,
con sus lejanías llenas de misterio!
¡Qué consagraciones tan definitivas
las que da el Silencio...
cuál os vuelve míticas, casi fabulosas!
¿Qué tristes mujeres de carne y de hueso,
con sus pobres encantos efímeros,
podrían venceros?

Tenéis un augusto prestigio de estatua,
y por un fenómeno de rareza lleno,
mientras más distantes, más imperiosas
vais agigantándoos en el pensamiento.

Julio, 17 de 1912.

VIII

HUELGA DE CÉLULAS

Este concurso de células,
unánimes en su intento
misterioso de que dure
la intensa vida en mi cuerpo (1);
esos miles de millones
de pequeñitos cerebros,
que, con una disciplina
admirable en el esfuerzo,
se dividen el trabajo
de mis órganos diversos,
y mantienen el fenómeno
de mi existir en el tiempo,
un día, quizá cercano

(1) Antes: «La vida en mi pobre cuerpo.»

(mañana, tal vez hoy mesmo),
han de declararse en huelga,
porque en el reloj eterno
sonó el instante...
¡Qué jubilo
entonces el del colegio
aquél, más de cuarenta años
a mi espíritu sujeto!

¡Qué alegría en el cotarro
innúmero y turbulento!

Cada grupo ha de tirar,
por su lado, con estruendo:
—¡Vuelvo a la rosa!, dirá
uno; y otro:—¡Al aire vuelvo!;
y otro:—¡Al agua!; y otro:—¡Al barro! (1);
y otro:—¡Al carbón! (2); y otro:—¡Al hierro!;
y otro:—¡A la cal!; y otro:—¡Al fósforo!;
y otro:—¡A la mar!, y otro:—¡Al cielo!
Y mi espíritu, entretanto,
verá feliz, sonriendo,
la disociación bendita
que restituye al Acervo

(1) Antes: «Al cobre.»
(2) Antes «Al oro.»

lo prestado...
Mas, de pronto,
movido por el recuerdo
más hondo, más persuasivo,
más amante, más inmenso,
se preguntará a sí mismo:
—Bien, y yo, ¿adónde me vuelvo?
—¡A mis brazos!—gritará
en la eternidad tu acento...

Y cuando los dos, fundidos
en una sola alma estemos,
el océano infinito
nos absorberá en silencio...

Julio, 21 de 1912.

IX

... *PERO TE AMO*

Yo no sé nada de la vida,
yo no sé nada del destino,
yo no sé nada de la muerte;
¡pero te amo!

Según la buena lógica, tú eres luz extinguida;
mi devoción es loca, mi culto desatino,
y hay una insensatez infinita en quererte;
¡pero te amo!

Julio, 24 de 1912.

X

VIVIR sin tus caricias es mucho desamparo;
Vivir sin tus palabras es mucha soledad;
vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro,
es mucha obscuridad...

Julio, 25 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

... L'homme est capable de culbuter toutes les résistances et de franchir bien des obstacles et même *peut-être la mort.*

BERGSON.

Soy un cadáver: ¿cuándo me entierran?
Soy un ausente: ¿cuándo me voy?

DÍAZ MIRÓN.

On n'emporte en mourant que ce qu'on a donné.

EMILE DESCHANEL.

Le silence éternel de ces espaces infinis, m'effraie.

PASCAL (Pensées).

Un désespoir paisible et sans reproches au ciel, est la sagesse même.

ALFRED DE VIGNY (Journal, 1824).

Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

LAMARTINE.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte, en traje de dolor, envía,
señas de su desdén de cortesía:
más tiene de caricia que de pena.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Si nous avons l'oreille fine, nous pouvons entendre la chute de nos instants dans le néant, comme un vase qui se vide goutte à goutte.

HENRY BORDEAUX (Deux méditations sur la mort).

I

POR ESTA SELVA...

Por esta selva tan espesa,
donde nunca el sol penetró,
buscando voy una princesa
que se me perdió.

Entre los árboles copudos,
entre las lianas verdinegras
que trepan por los desnudos
troncos, como las culebras;

entre las rocas de hosquedad
hostil y provocativa
y la pavorosa soledad
y la penumbra esquiva,

buscando voy una princesa
rubia como la madrugada (1),
que ha partido y que no regresa
desta espesura malhadada.

Dicen que al fin de aquella ruta,
que bordan el ciprés y el enebro,
hay una reina muy enjuta
que mora en un castillo muy negro;

que guarda en fieros torreones
otras princesas como la mía,
y que es sorda a las rogaciones
del desamparo y de la agonía.

... Mas, acaso si yo pudiese
ver a la reina, y su huella
seguir astuto, al cabo diese
con el castillo negro... ¡y con Ella!

Pero el más seguro instinto
no se sentiría capaz
de guiarse por el laberinto
desta penumbra pertinaz

(1) Antes: «alborada».

en que el espíritu presiente
algo fatal que se avecina,
y en que acaso es más imponente
que lo que vemos claramente,
lo que tan sólo se adivina.

Heme aquí, pues, con l'alma opresa
en medio de la obscuridad,
enamorado de una princesa
que se perdió en la selva espesa
tal vez por una eternidad...

Julio, 31, 912.

II

EL VIAJE

PARA calmar a veces un poco el soberano,
el invencible anhelo de volverte a mirar,
me imagino que viajas por un país lejano
de donde es muy difícil, ¡muy difícil! tornar.

Así mi desconsuelo, tan hondo, se divierte;
doy largas a mi espera, distraigo mi hosco esplín,
y, pensando en que tornas, en que ya voy a verte,
un día, en cualquier parte, me cogerá la muerte
y me echará en tus brazos, ¡por fin! ¡por fin! ¡por fin!

Agosto, 2 de 1912.

III

SIN RUMBO

Por diez años su diáfana existencia fué mía.
Diez años en mi mano su mano se apoyó,
... y en sólo unos instantes se me puso tan fría,
que por siempre mis besos congeló!

¡Adónde iréis ahora, pobre nidada loca
de mis huérfanos besos, si sus labios están
cerrados, si hay un sello glacial sobre su boca,
si su frente divina se heló bajo su toca,
si sus ojos ya nunca se abrirán!

Agosto, 14 de 1912.

IV

DESPUÉS...

Después de aquella brava agonía,
ya me resigno... ¡sereno estoy!
Yo, que con ella nada pedía,
hoy, ya sin ella, sólo querría
ser noble y bueno... ¡mientras me voy!

En su bendito nombre, que adoro,
ser noble y bueno, y, al expirar,
poder decirme: «¡Nada atesoro:
dí toda mi alma, dí todo mi oro,
dí todo aquello que pude dar!

Desnudo torno como he venido;
cuanto era mío, mío no es ya:

como un aroma me he difundido,
como una esencia me he diluído;
y, pues que nada tengo ni pido,
¡Señor, al menos vuélveme*la!*»

Agosto, 20 de 1912.

V

¡OH MUERTE!

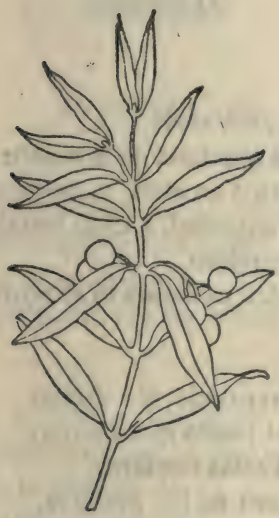
MUERTE, ¡cómo te he deseado!
¡con qué fervores te he invocado!
¡con qué anhelares he pedido
a tu boca su beso helado!
¡Pero tú, ingrata, no has oído!

¡Vendrás, quizá, con paso quedo
cuando de partir tenga miedo,
cuando la tarde me sonría
y algún ángel, con rostro ledo,
serene mi melancolía!

Vendrás, quizá, cuando la vida
me muestre una veta escondida

y encienda para mí una estrella.
¡Qué importa! Llega, oh Prometida:
¡siempre has de ser la bienvenida,
pues que me juntarás con ELLA!

Agosto, 22 de 1912.



VI

ALQUIMIA

Bien sé que para verte
he menester la alquimia de la muerte
que me transmute en alma, y, delirante
de amor y de ansiedad, a cada instante
que llega, lo requiero
diciéndole: «¡Ah! ¡si fueses tú el postrero!»

Es tan desmesurado, tan divino
y tan hondo el futuro que adivino
a través de las rutas estelares,
y de uno en otro de los avatares,
siempre contigo, noble compañera,
que por poder morir, ¡ay, qué no diera!

Agosto, 24 de 1912.

VII

DIALOGO

EL DESALIENTO

Por qué empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder!
Si Dios no se deja ver,
alma, ¿cómo le has de hallar!

... Y aún pretendes lograr
que esa Esfinge que se esconde
y calla, te diga dónde
recobrarás a tu muerta!

Ilusa! Llama a otra puerta,
que en esta nadie responde!

LA ESPERANZA

—Hay que empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder.
Si Dios no se deja ver,
alma, le tienes de hallar
por fuerza!
Y has de lograr
que esa Esfinge que se esconde
y calla, te diga dónde
recobrarás a tu muerta,

Si la Fe llama a una puerta,
el Amor siempre responde!

Septiembre, 20 de 1912.

VIII

TAL VEZ...

Tal vez ya no le importa mi gemido
en el indiferente edén callado
en que el espíritu desencarnado
vive como dormido...
Tal vez ni sabe ya cómo he llorado
ni cómo he padecido.

En profundo quietismo,
su alma, que antes me amara de tal modo,
se desliza glacial por ese abismo
del eterno mutismo,
olvidada de sí, de mí, de todo...

Septiembre, 30 de 1912.

IX

LUX PERPETUA

Si ha de ser condición de mi dicha el olvido
de ti, quiero estar triste siempre (como he vivido).
Prefiero la existencia más árida y doliente
al innoble consuelo de olvidar a mi ausente.

Por lo demás, ¡qué tengo sin ti de cosa propia
que me halague o sonría en esta dura inopia,
ni qué luz en mis noches me quedará si pierdo
también la lamparita cordial de tu recuerdo!

Octubre, 2 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Il-y-a pas de morts.

MAETERLINCK.

Les voies de la mort sont apaisantes et sereines.

HENLEY.

E, quando noi cominciamo ad aprire gli occhi sul visibile, gia eravamo da tempo ade enti al-l'invisibile.

G. D'ANNUNZIO. Contemplazione della Morte.

Celui qui croit vaut mieux, pèse davantage, contient plus de vie que celui qui doute. S'il se trompe, tant pis: c'est de la force gaspillée; du moins, c'est de la force.

JACQUES RIVIERE.

La science nous donne la télégraphie, la lumière électrique, la medecine. La Religion sous telle de ses formes, nous donne la sérénité, l'equilibre moral, le bonheur.

ÉMILE BOUTROUX.

I

UN SIGNO...

ETERNIDAD: ¡devuélveme lo que me has sustraído!
Abismo: ¡restitúyeme lo que sorbió tu hondura!
Esfinge: ¡abre tu oído! (1).
¡Compadécete ya, Noche obscura!

Oye mi imploradora
voz, oh Isis, desgarra tu capuz!
... y tú, lucero ignoto (2) en que Ella mora,
por piedad, hazme un signo de luz!

Octubre, 16 de 1912.

(1) Antes: «Esfinge: escucha mi alarido».
(2) Antes: «mundo remoto».

II

POR QUÉ!

Por qué tú que me amabas con esa multiforme
solicitud celeste, me dejas hoy, por qué
no acudes a mis lágrimas!
—Es un misterio enorme...
—Es un misterio enorme... ¡pero yo lo sabré!

Octubre, 22 de 1912.

III

ETERNIDAD

La muerte! Allí se agota todo esfuerzo,
allí sucumbe toda voluntad!

¡La Muerte! Lo que ayer fué nuestro Todo,
hoy solo es nuestra Nada!... ¡Eternidad!
Silencio!... el máximo silencio
que es posible encontrar!
Silencio... ultra-silencio,
y no más! oh! no más!

Ni una voz en la noche
que nos pueda guiar!

Ana, razón suprema de mi vida,
¡dónde estás, dónde estás, dónde estás!

Se abisma en el abismo el pensamiento,
se enlobreguece al fin todo mirar
en esta lobreguez inexorable!
y desespera a fuerza de esperar
la más potente de las esperanzas!
¡Eternidad! eternidad!

Octubre, 23 de 1912.

IV

EL ENCUENTRO

Por qué permaneciste siempre sorda a mi grito!
Dios sabe cuántas veces, con amor infinito
te busqué en las tinieblas, sin poderte encontrar!...
... Hoy—¡por fin!—te recobro: todo, pues, era cierto...
¡Hay un alma! ¡Qué dicha! No es que sueñe despierto...
¡Te recobro! Me miras y te vuelvo a mirar!»

«—Me recobras, amigo, porque ya eres un muerto:
De fantasma a fantasma nos podemos amar.»

Octubre, 29 de 1912.

V

IMPACIENCIA

Soy un viajero que tiene prisa
de partir.
Soy un alma impaciente e insumisa,
que se quiere ir.
Soy un ala que trémula verbero...
¿Cuándo vas, oh Destino, a quitar
de mi pie tu grillete de acero
y—¡por fin!—a dejarme volar?

Octubre, 31 de 1912.

VI

DILEMA

O no hay alma, y mi muerta ya no existe
(conforme al duro y cruel «polvo serás»),
... o no puede venir, y está muy triste;
pero olvidarse de mi amor, ¡¡jamás!

Si de lo que ella fué sólo viviese
un átomo consciente, tras la fría
transmutación de los sepulcros, ¡ese
átomo de conciencia me amaría!

Noviembre, 1.º de 1912.

VII

7 DE NOVIEMBRE (1912)

La noche en que estaba tendida—hoy hace diez meses—era la noche última que iba a pasar en su casa, bajo nuestro techo acogedor. ¡En su casa, donde siempre había sido el ama, y la luz y todo! En su casa, donde la adorábamos, con la más vieja, noble y merecida ternura; donde cuanto la rodeaba era suyo, afectuosamente suyo!

... ¡Y habría que echarla fuera al día siguiente! Fuera, como a una intrusa... Fuera, en pleno invierno, entre el trágico sollozar de los cierzos! Y habría que alejarla de nosotros, como a una cosa impura, nefanda; ¡que esconderla en un cajón enlutado y hermético!, y llevarla lejos, por el campo llovido, por los barrizales infectos,

para meterla en un agujero sucio y glacial. ¡A ella, que había disfrutado por más de diez años la blancura tibia de la mitad de mi lecho! ¡A ella, que había tenido mi hombro viril y seguro como almohada de su cabecita luminosa!... ¡A ella, que vió mi solicitud tutelar encendida siempre como una lámpara sobre su existencia!

¡Oh Dios, dime si sabes de una más despiadada angustia, y si no merezco ya que brille para mí tu misericordia!...

VIII

LA SANTIDAD DE LA MUERTE

La santidad de la muerte
llenó de paz tu semblante,
y yo no puedo ya verte
de mi memoria delante
sino en el sosiego inerte
y glacial de aquel instante.

En el ataúd exiguo,
de ceras a la luz fatua,
tenía tu rostro ambiguo
quietud augusta de estatua
en un sarcófago antiguo.

Quietud con yo no sé qué
de dulce y meditativo;
majestad de lo que fué;
reposo definitivo
de quien ya sabe el *porqué*.

Placidez honda, sumisa
a la Ley; y en la gentil
boca breve, una sonrisa
enigmática, sutil,
iluminando indecisa
la tez color de marfil.

A pesar de tanta pena
como desde entonces siento,
aquella visión me llena
de blando recogimiento (1)
y unción... como cuando suena
la esquila de algún convento
en una tarde serena...

Noviembre, 15 de 1912.

(1) Antes: «de paz, de recogimiento».

PENSAMIENTOS AFINES

La mort n'arrive qu'une fois et se fait sentir à tous les moments de la vie: il est plus dur de l'apprehender que de la souffrir.

LA BRUYERE.

C'est l'amour qui, à la fin, aura raison...

A. NERVO.

Una muerte pronta es la ventura suprema de la vida.

PLINIO.

Si tuviese fuerza bastante para sostener la pluma, escribiria lo fácil y delicioso que es morir.

WILLIAM HUNTER. (Ultimas palabras.)

La douleur seule entre assez avant dans l'âme pour l'agrandir. Elle y réveille des sentiments qu'on n'avait point encore soupçonnés. Il y a dans l'âme des places très élevées où dort la vitalité et que la douleur seule peut atteindre.

BLANC SAINT-BONNET.

Au fond, rien n'est perdu d'un passé, même effacé; «inconscient» n'équivaut pas à «inexistant», mais à «inefficace»...

J. DESAYMARD (La Pensée d'Henri Bergson).

Le Passé: Autant que le Présent, bien plus que l'Avenir, il est tout entier dans notre pensée et constamment dans notre main... «Le passé est passé» disons-nous; et cela n'est pas vrai; le passé est toujours présent.

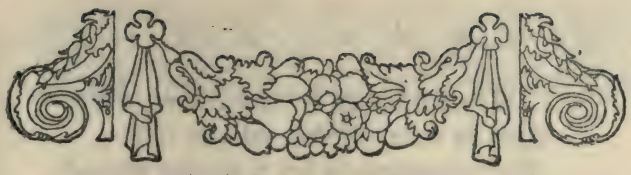
MAETERLINCK (Le temple enseveli).

Rien ne m'est plus, plus ne m'est rien.

(Divisa de VALENTINA DE MILÁN.)

Et pourquoi le monde ne se composerait il pas de sphères de réalités climates, mais interférentes, si bien que nous ne pourrions, nous, l'appréhender qu'en usant alternativement des différents symboles et en prenant des attitudes diverses?

EMILE BOUTROUX.



I

IMPOTENCIA

Señor, piedad de mí porque no puedo
consolarme... Lo intento, mas en vano.
Me sometí a tu ley porque eras fuerte:
¡El fuerte de los fuertes!... Pero acaso
es mi resignación sólo impotencia
de vencer a la Muerte, cuyo ácido
ósculo corrosivo,
royendo el corazón que me amó tanto,
royó también mi voluntad de acero...
¡La Muerte era titánica; yo, átomo!

¡Señor, no puedo resignarme, no!
¡Si te digo que ya estoy resignado,
y si murmuro *fiat voluntas tua,*
miento, y mentir a Dios es insensato!

¡Ten piedad de mi absurda rebeldía!
¡Que te venza, Señor, mi viril llanto!
¡Que conculque tu ley tu piedad misma!...
Y revive a mi muerta como a Lázaro,
o vuélveme fantasma como a ella,
para entrar por las puertas del Arcano
y buscar en el mundo de las sombras
el deleite invisible de sus brazos.

Noviembre, 16.

II

BENDITA...

Bendita seas, porque me hiciste
amar la muerte, que antes temía.
Desde que de mi lado te fuiste,
amo la muerte cuando estoy triste;
si estoy alegre, más todavía.

En otro tiempo, su hoz glacial
me dió terrores; hoy, es amiga.
¡Y la presiento tan maternal!...
Tú realizaste prodigio tal!
¡Dios te bendiga! Dios te bendiga!

Noviembre, 19.

III

AL ENCONTRAR UNOS FRASCOS DE ESENCIA

HASTA sus perfumes duran más que ella!
Ved aquí los frascos, que apenas usó
y que reconstruyen para mí la huella
sutil que en la casa dejó...

Herméticamente encerrada
la esencia en sus pomos, no se escapará.
... Mientras que el espíritu de mi bien amada,
más imponderable, más tenue quizá,
voló de sus labios: redoma encantada,
¡y en dónde estará!

Diciembre, 1.º

IV

SEÑUELO

La Muerte nada quiere con los tristes.
Subrepticia y astuta,
aguarda a que riamos
para abrirnos la tumba
y, con su dedo trágico, de pronto
señalarnos la húmeda
oquedad, y empujarnos brutalmente
hacia su infecta hondura.

Mas yo tengo tal gana de que venga,
que voy a ser feliz para que acuda,
para que sea mi reir señuelo,
y ella caiga en la trampa de venturas
ruidosas, que en el fondo son tristezas...

¿La engañaré? Quizá, si tú me ayudas
desde la eternidad, oh inmarcesible
amada, oh novia única,
cuyos besos de sombra
he de reconquistar, pese a la Enjuta
que te mató a mansalva hace once meses,
dejando a un infeliz por siempre a oscuras!

Diciembre, 7, 1900.

V

YO NO DEBO IRME...

Yo no debo irme: tengo de esperar
hasta que la muerte me venga a llamar.
Tengo de esperar!

¡Cuánto tarda, cuánto!
... Pero el tiempo corre
y a veces escucho, cerca de mi torre,
entre las tinieblas, cauteloso andar.
... Mucho tarda, pero tiene de llegar.

Rejas insidiosas, rejas que vedáis
para mí la vida, que cuadriculáis
para mí los aires; impasibles rejas,

duras a mis dedos, sordas a mis quejas:
habrán de limaros mis firmes anhelos,
y quizá una noche me abriréis los cielos.

Mucho, tal vez mucho tengo de esperar,
pero al fin la muerte me vendrá a llamar.

Diciembre, 10.

VI

RESURRECCION

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco...
¡Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor!
Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco
por él en estatura espiritual, Señor!

¡Oh Dios, no me lo quites! Él es la sola puerta
de luz que yo vislumbro para llegar a Ti!
Él es la sola vida que vive ya mi muerta:
mi llanto, diariamente, la resucita en mí!

Diciembre, 26.

VII

REYES!

Oh Reyes, me trajisteis hace un año un presente
excepcional: ¡un gran dolor!
Fuisteis conmigo pródigos, cual monarcas de Oriente,
Baltasar, Gaspar y Melchor.

Durante las tristísimas horas de vuestra noche,
terribles horas de expiación,
mi solo bien, mi frágil azucena, su broche
plegaba ya sin remisión.

Todo fué inútil: llanto, plegarias. Y al siguiente
día, vi agostarse mi flor.
Fuisteis conmigo pródigos, monarcas del Oriente;
vuestros tres dromedarios trajéronme el presente
más grande, oh Baltasar, oh Gaspar, oh Melchor.

6 de enero, 1913.

VIII

HASTA MURIÉNDOTE...

HASTA muriéndote me hiciste bien;
porque la pena de aquel edén
incomparable que se perdió,
trocando en ruego mi vieja rima,
llevó mis ímpetus hacia la cima,
pulió mi espíritu como una lima
y como acero mi fe templó.

Hoy, muy dolido, mas ya sereno,
por ti quisiera ser siempre bueno;
de los que sufren tengo piedad;
en mi alma huérfana sólo Dios priva,
nada mi vuelo mental cautiva,
y es mi esperanza cual siempreviva
que se abre a un beso de eternidad!

Enero, 13-913.

IX

QUÉ IMPORTA!

QUÉ importa que no sepas cómo te sigo amando
más allá del sepulcro, si lo sé yo con creces!
Qué importa que no escuches cómo estoy sollozando
si escucho mi sollozo yo, que soy tú dos veces!

Febrero, 5, 1913.

PENSAMIENTOS AFINES

En mettant les choses aux mieux, notre vie est comme un enfant revêche qu'il faut amuser sans cesse, si l'on veut quil reste tranquille, jusqu'au moment où il s'endort; et c'est la fin de nos soucis.

FRÉDÉRIC LOCKER LAMPSON.

... Todos los seres proceden del mismo espíritu, que tiene diversos nombres, justicia, amor o sabiduría, en sus diversas manifestaciones, como el océano recibe otros nombres cuando baña otras riberas.

EMERSON.

La grandeur de l'homme se mesure à celle des mystères qu'il cultive ou devant lesquels il s'arrête.

METERLINCK. (La Mort.)

Puesto que hemos tenido el privilegio de existir, hemos tenido el privilegio de entrar de lleno en el misterio del universo, y somos forzosamente una porción—por pequeña que sea—de ese misterio.

A. N.

Il sait (le mystique) que l'univers entier, aussi bien que lui-même, est en securité entre les mains paternelles de

son Dieu. Il a l'intuition que tous seront sauvés, en dépit des portes de l'enfer et de toutes les apparences contraires.

WILLIAM JAMES.

(L'Experience Religieuse. Trad. de F. Abunzit.)

... Où est Dieu, les ruines et les naufrages ne sont jamais définitifs.

LOID.

There is no room for death.

EMILY BRONTE.

... Et les baisers de moins et les rides de plus!

VICTOR HUGO.

I

BIENAVENTURADOS

BIENAVENTURADOS,
bienaventurados,
los dignificados
por la dignidad glacial de la muerte;
los invulnerables ya para los hados (1),
una y misma cosa ya con el Dios fuerte!

¡Bienaventurados!

Bienaventurados los que destruyeron
el muro ilusorio de espacio y guarismos;

(1) Antes aparecía aquí un verso más: «los imperturbablemente reposados».

los que a lo Absoluto ya por fin volvieron;
los que ya midieron todos los abismos.

Bienaventurada, dulce muerta mía,
a quien he rezado como letanía
de fe, poesía
y amor, estas páginas... que nunca leerás!
Por quien he vertido, de noche y de día,
todas estas lágrimas... que no secarás!

Marzo, 15, 1913.

II

QUEDAMENTE...

Me la trajo quedo, muy quedo, el Destino,
y un dia, en silencio, me la arrebató;
llegó sonriendo; se fué sonriente;
quedamente vino;
vivió quedamente;
queda... quedamente desapareció!

Abril, 25-1913.

III

EL QUE MÁS AMA...

Si no te supe yo comprender,
si alguna lágrima te hice verter,
bien sé que al cabo perdonarás
con toda tu alma... ¡Qué vas a hacer!
¡El que más ama perdona más!

Abril, 26 de 1913.

IV

¡SI PUDIERA SER HOY!...

Como verte es el único ideal que persigo,
sin vivir en mí estoy,
y muriendo del ansia de reunirme contigo,
cada día me digo:
«¡Si pudiera ser hoy!»

Abril, 28 de 1913.

V

PERDON

PERDÓNAME, Ideal, para que pueda
irme en paz al venir mi última hora...
Es tan dulce el perdón: prerrogativa
de los Dioses! Perdóname, Inmortal:
«El que todo lo sabe lo perdona
todo» y hoy, Ideal, todo lo sabes
con la sabiduría de la muerte.

Que tu perdón en mi alma se derrame
como un rayo de luna en el silencio
de una mística noche...

Que caiga como pétalos de lirio
sobre el hondo cansancio de mi vida.

Perdóname, Ideal, para que pueda
morir en paz.

Junio, 4 de 1913.

PENSAMIENTOS AFINES

O mon Dieu, je reviens d'un long voyage amer
où j'ai laissé mon cœur, et d'où je ne rapporte
que stériles regrets d'avoir tenté la mer.
Mon ivresse est tombée et ma superbe est morte;
l'universel ennui creuse son nid en moi;
l'espoir, sans s'arrêter, passe devant ma porte;
Le jour quand il renaît m'inspire de l'effroi;
la nuit roule sur moi pleine d'horreur glacée;
je marche comme en rêve et sans savoir pourquoi.

LUIS LE CARDONNEL.

Nous sommes des êtres invisibles.

MAETERLINCK. (Le Tresor des humbles.)

Une parole mystique peut seule par moments representer un être humain.

MAETERLINCK. *(Idem.)*

PEPIN.—*Quel est le sommeil de ceux qui sont éveillés?*
ALCUIN.—*L'Esperance.*

(Disputatio. Documento del tiempo de Carlomagno.)

La muerte es una ley: no es un castigo.

SÉNECA.

I

LA APARICIÓN

CRISTO dijo que allí donde nos reuniésemos en su nombre, estaría Él en medio de nosotros. No es, pues, extraño que aquella noche misteriosa en que hablábamos de Él con unción cordial, de su inmensa alma diáfana, de su ternura grande como el universo, de su espíritu de sacrificio incomparable, del sabor místico de su caridad, que nos penetra y nos envuelve, Él se presentara de pronto, suavemente, en el corro.

Lejos de sorprendernos, su aparición divina nos pareció natural. Quizá no se trataba propiamente de una aparición; más bien le sentíamos dentro de nosotros; pero la realidad de su presencia era absoluta, imponente, superior a toda convicción.

En vez de turbarnos, experimentamos todos un bienestar infinito.

Cristo nos bendijo y, sonriéndonos, con aquella indecible sonrisa, nos preguntó: —¿Qué deseáis que os dé antes de volver al Padre?

—Señor—dijo Rafael—, deseo que me perdones mis pecados.

—Perdonados están—respondió Jesús siempre sonriendo.

—Yo, Señor—dijo Gabriel—, ansío estar contigo...

—Pronto estarás—replicó Cristo amorosamente—. Y tú—me preguntó—¿qué quieres, hijo?

Iba a decirle algo de mi muerta; pero no sé por qué, al ver la expresión divina de su rostro, comprendí que no era preciso decirle nada; que los muertos estaban en paz en su seno, junto a su corazón, y que todas las cosas que sucedían eran paternalmente dispuestas o reparadas.

—¿Qué anhelas, hijo?—repitió Jesús, y yo respondí: —Señor, ¿qué puedo anhelar si todo está bien? Yo sólo deseo que se haga en mí tu voluntad...

Cristo me miró con ternura (¡qué mirada de éxtasis!), pasó su mano translúcida por mis cabellos...

Después se alejó sonriendo como había venido.

II

TANATÓFILA

Oh Muerte, en otros días, que recordar no puedo
sin emoción profunda, te tenía yo miedo...
En medio de la noche, incapaz de dormir,
clamaba congojado: «Yo tengo que morir...
¡Yo tengo que morir irremisiblemente!»
y sudores glaciales empapaban mi frente.

¿A quién tender la mano ni de quién esperar?
Estaba solo, solo de la vida en el mar...

Tenía un formidable aislador: la pobreza,
y ningún seno d'hembra brindaba a mi cabeza
febril una almohada.
Estaba solo, solo; ¿de quién esperar nada?
. . . . . .

Mas pasaron los años, y un día, una chiquilla
bondadosa me quiso. ¡Era noble, sencilla;
la fortuna la había tratado con rigor:
Nos unimos... y, juntos, nos hallamos mejor!

Entonces, si la muerte volvía, con su quedo
andar, yo le tenía ya mucho menos miedo.
Buscaba, despertando, la diestra tan leal
de mi amiga, y con ímpetu resuelto, fraternal,
la estrechaba, pensando: «¡Con ella nada temo!
Con tal de marchar juntos, qué importan tu supremo
horror y tus supremos abismos, oh callada
Eternidad... Con ella no temo, nada, nada.

¿El infierno?—¡El infierno será donde ella falte!
¿Y el cielo?—Pues donde ella se encuentre...
Que me exalte
o me deprima tanto como quiera mi estrella:
¿Qué importa, si desciendo y asciendo yo con ella?

¿Qué más me dan las hondas negruras del Arcano
si voy por los abismos cogido de su mano?
. . . . . .

¡Pero tanta ventura enojó a no sé quién
en las tinieblas, y una hoz me segó mi bien!
Una garra de sombra, solapando su dolo,
me la mató... ¡y entonces me volví a quedar solo!
Solo, pero con una soledad más terrible
que antes.
Sollozando, buscaba a la Invisible
y pedía piedad a lo desconocido;
abriendo bien los ojos y aguzando el oído,
en un mutismo trágico, pretendía escuchar
siquiera una palabra que me hiciese esperar...

Mas no plugo a la Esfinge responder a mi grito,
y ante el inexorable callar del Infinito
(tal vez indiferente, tal vez hosco y fatal)
escondí en lo más hondo del corazón mi mal,
y apático y ayuno de deseo y de amor,
entré resueltamente dentro de mi Dolor
como dentro de una gran torre silenciosa...

Mis pobres Rimas fieles me decían: «Reposa,
y luego, con nosotras, canta el mal que sufriste;

ven, duerme en nuestro dulce regazo, no estés triste.
¡Aún hay muchas cosas que cantar... cobra fe!»

Y yo les respondía: «¡Para qué! ¡para qué!» (1)
... Mas ellas insistían; en mi redor volaban,
y como eran las únicas que no me abandonaban,
acabé por oirlas...
Un libro, gota a gota,
se rezumó, con lágrimas y sangre, de la rota
entraña; un haz de rimas brotó para el Lucero
inaccesible; un libro de tal suerte sincero,
tan íntimo, tan hondo, que si desde su fría
quietud ella lo viese... me lo agradecería.

Después de haberlo escrito, quedé más resignado,
como si en su fiel ánfora hubiese yo vaciado
todo lo crespo y turbio de mi dolor presente,
dejando en l'alma sólo la linfa transparente,
el caudal cristalino, diáfano de mi pena,
profundo cual la noche, cual la noche serena.

Y aquel fantasma negro, que miraba temblando
yo antes, blandamente se fué transfigurando...

---

(1) Dos versos tachados:
« A quoi bon»—como dice, con sincera expresión,
el modismo francés:—«A quoi bon... A quoi bon».

En la pálida faz del Espectro, indecisa
como un albor naciente, brotaba una sonrisa;
brotaba una sonrisa tan cordial, de tal suerte
hospitalaria, que me pareció la Muerte
más madre que las madres; su boca, ayer horrible,
más que todas las bocas d'hembras apetecible,
sus brazos más seguros que todos los regazos...
¡Y acabé por echarme, como un niño, en sus brazos!

✠

Hoy, ella es la divina barquera en quien me fío;
con ella, nada temo; con ella, nada ansío.
En su gran barca d'ébano, llena de majestad,
me embarcaré tranquilo para la Eternidad.

Junio, de 1913.

III

RESTITUCIÓN

ENCONTRARÁ la ciencia las almas de los muertos
un día, y a la angustia y el llanto que los van
buscando, del Enigma por los limbos inciertos,
responderá la boca del abismo: «Aquí están»?

Descubriremos ondas etéreas que trasmitan
a los desparecidos la voz de nuestro amor,
y habrá para lo que ellos decirnos necesitan
algún maravilloso y oculto receptor?

¡Oh milagro! tu sola perspectiva nos pasma!
Pero ¿qué hay imposible para la voluntad
del hombre, que a su antojo tenaz todo lo plasma?
¡Ante el imperativo del genio, mi fantasma
tendrás que devolverme por fuerza, Eternidad!

9 de Enero de 1914.

IV

BUSCANDO...

Entre el dudoso cortejo
de sombras, peregrinando
voy, una sombra buscando.

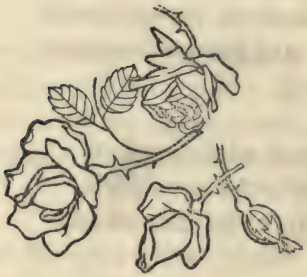
En el místico reflejo
de la noche constelada,
quiero hallar una mirada.

Asir anhela mi oído
una voz que se ha extinguido,
entre los ecos lejanos.

Al pasar por un jardín,
finge el roce de un jazmín
la caricia de *sus* manos.

Oh sombra, mirada, voz,
manos: el vórtice atroz
de la eternidad callada
os sorbió. ¡Triste de mí,
que no tengo nada, nada;
que ya todo lo perdí!

Enero, 18 de 1914.



V

INDESTRUCTIBLE

Bien ves, si me estás mirando,
que desde que te perdí
mi vida se va pasando
piadosamente pensando
en ti;
que incólume, sin desgaste,
oh Ideal, has de vivir
en el alma en que anidaste,
y que lo que edificaste
ni Dios lo querrá destruir!

Febrero, 2-14.

VI

LA BELLA DEL BOSQUE DUERMINTE

Tu amada muerta es como una princesa que duerme.

Su alma, en un total olvido de sí misma, flota en la noche.

Mas, si tú persistes en quererla,

Un día esta persistencia de tu amor la recordará.

Su espíritu tornará a la conciencia de su ser, y sentirás en lo íntimo de tu cerebro el suave latido de su despertar y el influjo inconfundible de su vieja ternura que vuelve...

Comprenderás entonces, merced a estos signos misteriosos, que una vez más el amor ha vencido a la muerte.

Febrero, 9, 914.

VII

E DOV' ELLA? DE SUBITO DIS' IO

DANTE: *Paraiso.*

Si tras el negro muro de granito
de la muerte hay un mundo, un más allá,
al cruzar el dintel del infinito
mi pregunta primer, mi primer grito,
ha de ser: «Y ella, y ella, ¿dónde está?»

Y una vez que te encuentre, penetrado
de una inmensa y sublime gratitud
para quien quiso fuera de ti amado
y me permite haberte recobrado,
¡a qué pedir más beatitud!

Enero, 10, 1915.

VIII

LOS MUERTOS...

El paraíso existe;
pero no es un lugar (cual la creencia
común pretende) tras el hosco y triste
bregar del mundo: el paraíso existe;
pero es sólo un estado de conciencia.

Los muertos no se van a parte alguna;
no emprenden al azul remotos viajes,
ni anidan en los cándidos celajes,
ni tiemblan en los rayos de la luna...

Son voluntades lúcidas, atentos
y alados pensamientos

que flotan en redor, como diluídos
en la sombra; son límpidos intentos
de servirnos en todos los momentos;
son amores custodios, escondidos.

Son númenes propicios, que se escúdan
en el arcano, mas que no se mudan
para nosotros; que obran en las cosas
por nuestro bien; son fuerzas misteriosas,
que, si las invocamos, nos ayudan.

¡Feliz quien a su lado
tiene el alma de un muerto idolatrado
y en las angustias del camino siente,
sutil, mansa, impalpable, la delicia
de su santa caricia,
como un soplo de paz sobre la frente!

Enero, 18-15.

IX

SÓLO TÚ... (1)

CUANDO lloro con todos los que lloran,
cuando ayudo a los tristes con su cruz,
cuando parto mi pan con los que imploran,
eres tú quien me inspira, sólo tú.

Cuando marcho sin brújula ni tino,
perdiendo de mis alas el albor
en tantos barrizales del camino,
soy yo el culpable, solamente yo.

Cuando miro al que sufre como hermano;
cuando elevo mi espíritu al azul;

(1) Esta poesía no estaba incluída en el manuscrito original de *La Amada inmóvil.—El Editor.*

cuando me acuerdo de que soy cristiano,
eres tú quien me inspira, sólo tú.

Pobres a quienes haya socorrido,
almas oscuras a las que dí luz:
¡no me lo agradezcáis, que yo no he sido!
Fuiste tú, muerta mía, fuiste tú...

IV-15.

X

BENEDICTA

No sé adónde llevóse la marea
de la Muerte tu ser; pero yo exclamo
con el inmenso amor con que te amo:
«¡Dondequiera que esté, bendita sea!»

Octubre, 1917.

XI

NO LO SÉ

CREPITAN ya las velas en la ría:
tú ¿por qué no te embarcas, alma mía?
—Porque Dios no lo quiere todavía.

—Mira: piadosamente las estrellas
nos envían sus trémulas centellas...
—¡Bien quisiera vestirme toda de ellas!

—Tu amiga, la más tierna, ya se fué.
Los que te aman se van tras ella; ¿qué
vas a hacer tú tan sola?
—No lo sé.

Enero, 28 de 1918.

XII

EL CELAJE

ADÓNDE fuiste, Amor, adónde fuiste?
Se extinguió del poniente el manso fuego
y tú, que me decías «hasta luego;
volveré por la noche»... ¡no volviste!

¿En qué zarzas tu pie divino heriste?
¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego?
¿Qué nieve supo congelar tu apego
y a tu memoria hurtar mi imagen triste?

... Amor, ¡ya no vendrás! En vano, ansioso,
de mi balcón atalayando vivo
el campo verde y el confín brumoso;

y me finge un celaje fugitivo
nave de luz en que, al final reposo,
va tu dulce fantasma pensativo.

ÍNDICE

Páginas.

ADVERTENCIA 11
EN MEMORIA DE ANA 15
OFERTORIO 17
PENSAMIENTOS AFINES 19
PRÓLOGO 21
PENSAMIENTOS AFINES 55
I.—¿Llorar? ¡por qué! 57
II.—«Más yo que yo mismo» 59
III.—Gratia plena 62
IV.—Puella mea! 64
V.—Su trenza 66
VI.—Escamoteo 68
VII.—¿Qué más me da? 69
VIII.—Quién sabe por qué! 71
IX.—Mi secreto 73
X.—Metafisiqueos 75
XI.—Unidad 77
PENSAMIENTOS AFINES 79
I.—El fantasma soy yo 81

I n d i c e

Páginas.

II.—Tres meses..... 83
III.—Hugueana..... 87
IV.—Cuando Dios lo quiera..... 89
V.—Le trou noir..... 91
VI.—Todo inútil..... 93
VII.—Cómo será!..... 95
PENSAMIENTOS AFINES..... 97
I.—La cita 99
II.—Nadie conoce el bien..... 100
III.—Reparación..... 102
IV.—Cómo callan los muertos!..... 104
V.—Me besaba mucho..... 105
VI.—Aquel olor..... 106
VII.—Helas!..... 108
VIII.—Regnum tuum..... 109
IX.—Nearer to thee!..... 111
PENSAMIENTOS AFINES..... 113
I.—Este libro..... 115
II.—Ya todo es imposible..... 117
III.—Esperanza..... 119
IV.—El resto ¡qué es!..... 121
V.—Nihil novum..... 122
VI.—Por miedo..... 124
VII.—¡Cuántos desiertos interiores!..... 126
VIII.—Eso me basta..... 128
IX.—¡Qué bien están los muertos!..... 130
X.—Bon soir..... 132
PENSAMIENTOS AFINES..... 135
I.—Soneto..... 137
II.—Bendición a Francia..... 138
III.—Seis meses..... 140
IV.—Piedad..... 142
V.—Pobrecita mía..... 143

I n d i c e

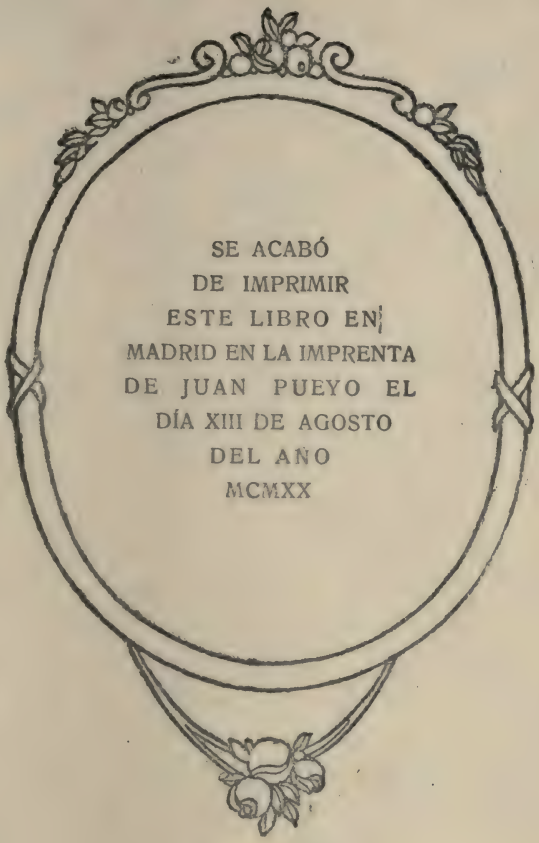
Páginas.

VI.—Los muertos mandan..... 145
VII.—Lejanía..... 146
VIII.—Huelga de células..... 148
IX.—... Pero te amo..... 151
X.—..... 152
PENSAMIENTOS AFINES..... 153
I.—Por esta selva..... 155
II.—El viaje..... 158
III.—Sin rumbo..... 159
IV.—Después..... 160
V.—¡Oh muerte!..... 162
VI.—Alquimia..... 164
VII.—Diálogo..... 165
VIII.—Tal vez..... 167
IX.—Lux perpetua..... 168
PENSAMIENTOS AFINES..... 169
I.—Un signo..... 171
II.—Por qué!..... 172
III.—Eternidad..... 173
IV.—El encuentro..... 175
V.—Impaciencia..... 176
VI.—Dilema..... 177
VII.—7 de Noviembre (1912)..... 178
VIII.—La santidad de la muerte..... 180
PENSAMIENTOS AFINES..... 183
I.—Impotencia..... 185
II.—Bendita..... 187
III.—Al encontrar unos frascos de esencia.. 188
IV.—Señuelo..... 189
V.—Yo no debo irme..... 191
VI.—Resurrección..... 193
VII.—Reyes!..... 194
VIII.—Hasta muriéndote..... 195

I n d i c e

Páginas.

IX.—Qué importa! 196
PENSAMIENTOS AFINES 197
I.—Bienaventurados 199
II.—Quedamente 201
III.—El que más ama 202
IV.—¡Si pudiera ser hoy! 203
V.—Perdón 204
PENSAMIENTOS AFINES 207
I.—La aparición 209
II.—Tanatófila 211
III.—Restitución 216
IV.—Buscando 217
V.—Indestructible 219
VI.—La bella del bosque durmiente 220
VII.—E dov' ella? de subito dis' io 221
VIII.—Los muertos 222
IX.—Sólo tú 224
X.—Benedicta 226
XI.—No lo sé 227
XII.—El celaje 228



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XIII DE AGOSTO
DEL AÑO
MCMXX

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UN.VERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ Nervo, Amado
7297 Obras completas de Amado
N5A1325 Nervo
1920
v.12